S.I.P.

SPACIAL INTERNATIONAL POLICE

ASALTO AL HELIEXPRESO



W. SAMPAS

ASALTO AL HELIEXPRESO

Bolsilibros - S.I.P. (Spacial International Police) N.º 24

PADECÍA hambre y frío.

Es triste que un hombre tenga que padecer, en una ciudad enorme, cuando piensa que, en otros tiempos, defendió a los que ahora pasan a su lado, a los que sonríen dichosos, caminando hacia sus casas confortables y tibias, separadas de esta nieve que cae por espesos y mullidos muros.

Es triste.

Claro que cuando un hombre, al retirarse de su profesión es lo poco juicioso que él lo había sido, empleando la totalidad de lo que le entregaron —y con lo que hubiera podido terminar tranquilamente su vida— en el juego de la Bolsa, se expone, como éste que ahora tiritaba por las calles, a sentirse solo en medio de un mundo hostil que olvida con demasiada facilidad, y mucha crueldad e indiferencia, lo que en otros tiempos pudo hacerse por él.

Miradle.

Título Original: *Asalto al Heliexpreso*

Colección: S.I.P. (Spacial International Police)
UUID: a947843d-1399-4a6e-b765-101710ed54f6
Generado con: QualityEbook v0.84

ASALTO AL HELIEXPRESO



Los que nos dejaron, los viejos agentes, hoy retirados, lejos de nosotros, son y siguen siendo hombres amantes de la ley y del orden. En cualquier lugar que se encuentren, si la ocasión se presenta, saben demostrar que formaron parte de la Spacial International Police y que fueron dignos de estar al lado de los que luchan y exponen su vida por el bien de los demás.

D. CALLOWAN,

Director en Jefe de la SIP.

ASALTO AL HELIEXPRESO



CAPÍTULO PRIMERO



ADECÍA hambre y frío.

Es triste que un hombre tenga que padecer, en una ciudad enorme, cuando piensa que, en otros tiempos, defendió a los que ahora pasan a su lado, a los que sonríen dichosos, caminando hacia sus casas confortables y tibias, separadas de esta nieve que cae por espesos y mullidos muros.

Es triste.

Claro que cuando un hombre, al retirarse de su profesión es lo poco juicioso que él lo había sido, empleando la totalidad de lo que le entregaron —y con lo que hubiera podido terminar tranquilamente su vida— en el juego de la Bolsa, se expone, como éste que ahora tiritaba por las calles, a sentirse solo en medio de un mundo hostil que olvida con demasiada facilidad, y mucha crueldad e indiferencia, lo que en otros tiempos pudo hacerse por él.

Miradle.

Nadie le reconocería ahora. Su alto cuerpo se ha encorvado al ritmo de los golpes que el desengaño y la necesidad hicieron caer sobre él, como esos piquetes que la destreza de los maceros va hundiendo rápidamente en la tierra.

Hambre y frío.

Pero no solamente hambre de esa que una comida cualquiera puede calmar; ni sed de esa que una botella de cerveza apaga. No, hambre de amistad, de calor. Y sed, ansia, mejor dicho, de compañía, de sociedad, de sentir el tibio anuncio de alguien, sea quien sea, que se dirija a uno, aunque no fuera más que para

pedirle lumbre o preguntarle la hora.

Aunque no fuese más que eso.

Sentirse como los demás, uno de tantos; pero que la gente no se aleje de uno, evitándolo, al pasar por la acera, como sí la lepra que hay en el alma se viera desde fuera.

¿O es que realmente grave?

Se detuvo ante el escaparate de una tienda, donde, al lado del inevitable Santa Claus, que dominaba el resto, con su trineo tirado por renos, había cajas de bombones abiertas, deshechos sus lazos de mil colores, como si en aquel día de Nochebuena todo, incluso las cajas de bombones, desearan abrirse, demostrando a los demás un maravilloso afán de convivencia.

Pero el hombre no miraba nada de aquello: ni el Santa Claus, barbudo y sonriente, ni las cajas de bombones, generosamente abiertas, con su gesto de dulce promesa.

No.

El hombre se miraba a sí mismo en el espejo que la luna del escaparate le ofrecía. Sus ojos fatigados y rodeados por una aureola en la que se leía el cansancio y las necesidades, intentaban encontrar en la imagen del desconocido que tenía frente a él, a un palmo de sus narices, lo que siempre creyó ser o lo deseó, sencillamente.

No era posible.

Miles Hall, el fornido agente de la Spacial International Police, no podía ser aquel desdichado, de piel amarillenta y sucia, con aquella barba de varios días, con aquellas pupilas brillantes por la fiebre, vestido de harapos, con las suelas de sus zapatos comidas por el apetito feroz del asfalto de las calles y del macadán de las carreteras.

¿Era posible haber cambiado… tanto?

Un asomo de sonrisa le subió a los labios, al tiempo que los ácidos libres de su estómago ascendían a su boca, quemándola cruelmente, lo que hizo que la sonrisa se convirtiese en mueca…

Y se alejó.

A partir de aquel instante, evitó los escaparates luminosos, dejándose llevar a lo largo de las avenidas como si una brisa maldita le empujase sólo a él, trazándole un camino que el destino se había complacido en marear.

Morir.

¿Cómo era posible que aquella idea le persiguiese

implacablemente desde hacía unos días?

No, no podía morir. Por lo menos hasta haber visto, aunque fuese por última vez, a su hija Cyntia, a la que, cuando viajaba, cuando podía permitírselo, había llevado a un colegio en Stone City, Marte, donde entonces vivían.

Hacía cinco años que no la había visto: cinco años que eran como la materialización de una pendiente por la que se había deslizado hasta donde se encontraba ahora. Y tampoco pudo escribirle, porque, a veces, no tuvo dinero para hacerlo, y otras… la vergüenza se lo impidió.

Se detuvo y esta vez hubo en sus labios una verdadera sonrisa.

—Veamos —se preguntó, en voz alta, sin hacer caso de los que pasaban por su lado, mirándole con curiosidad y reparó—, ¿qué edad debe tener ahora?

Contó con sus dedos sucios, que asomaban por los agujeros de los viejos guantes que llevaba; luego, al tiempo que la sonrisa se ampliaba en su rostro, exclamó:

—¡Veinte años! ¡Eso es!

Y después de una pausa, riendo ya a carcajadas:

—¡Veinte años! ¡Dios mío! ¡Debe ser una mujer!

La alegría y el orgullo le invadieron íntimamente.

Desde aquel momento avanzó erguido, con los ojos brillantes y febriles, hablando en voz alta, dirigiéndose a todo el mundo, en una especie de estado ebrio, como si el recordar a Cyntia y su edad le hubiera producido el mismo efecto que una buena docena de copas de champán.

—¡Mi hija tiene veinte años! ¡Veinte años! ¿Lo oyen ustedes? ¡Y qué hermosa es! ¡Tiene los cabellos rubios como el oro y los ojos azules! ¡Es mi hija y en noviembre ha cumplido veinte años!

Marchaba cada vez más aprisa, a grandes zancadas, como si sus energías se hubieran centuplicado de repente. Y así, abriéndose paso entre los que, prevenidos ya por sus gestos y su aspecto, se retiraban antes de que llegase junto a ellos, recorrió la gran avenida, llegando a una plaza.

El semáforo tintineó antes de ponerse rojo. Rojo, como la sangre del hombre, que pronto manchó la calzada.

Pues, aunque el conductor del vehículo agotó los recursos, en última instancia, para evitar el atropello, no pudo impedir que el pobre hombre saliera despedido, manando sangre por un costado a consecuencia del encontronazo.

* * *

Callowan atravesó el «hall», tomó el ascensor y pocos segundos después salía de la caja metálica, desembocando en una sala de color verdoso, con grandes ventanales que daban al inmenso jardín que rodeaba por completo el Hospital de la SIP, en Washington.

Uno de los médicos, que ya debía de haber sido prevenido de su llegada desde la conserjería, estaba junto a la puerta entreabierta de su despacho al fondo.

Se estrecharon la mano.

—¡Buenos días, señor Callowan!

—Buenos cijas, doctor.

—Pase, por favor.

Donald penetró, y el otro, después de dejarle pasar, cerró la puerta.

Callowan se había sentado ya.

Y sin perder tiempo, yendo al grano, como de costumbre, preguntó:

—¿Cómo está?

—Mucho mejor.

—¿Curará?

—Por completo. Cuando lo trajeron desde Nueva York, después de hacerle la primera cura, no estaba muy… bien. Pero ahora se ha recuperado y la lesión hepática, que temíamos, por traumatismo, no es tan importante como pensábamos en un principio.

—Mejor.

Y después de una pausa preguntó de nuevo:

—¿Cómo lo identificaron?

—Por las huellas dactilares. No llevaba documentación, salvo una foto, de su hija. Como usted sabe, se hace siempre una comprobación dactiloscópica.

Y así supieron que se trataba de un antiguo agente de la SIP: un tal…

—Miles Hall, sí.

Donald Callowan entornó los ojos, como si reflexionase.

—Yo era muy joven cuando él estaba y recuerdo perfectamente el homenaje que le hicimos cuando se retiró. Por entonces, la SIP no era más que un esbozo de lo que es ahora, pero Hall fue, sin duda, uno de los mejores agentes de los primeros tiempos. Fue el que detuvo a Strasser.

—¿Es posible?

—Sí. Lo detuvo solo, peleando contra toda la banda, Que se había refugiado en una casa de un barrio de Nueva York. Estaban armados hasta los dientes y tenían preparado un hélibus para huir, uno de aquellos antiguos vehículos, que ahora sólo se ven en los museos.

»Miles destrozó las toberas a tiros, y fue matando a los bandidos, uno a uno. Hasta que, de repente, loco de terror ante tanta valentía, Strasser apareció en la puerta de la casa con los brazos en alto.

—¡Debió ser algo estupendo!

—Lo fue. Y ninguno de nosotros ha podido olvidar un hecho como aquél.

Y tras un nuevo silencio, más prolongado que el anterior, Callowan, acariciándose el mentón, pensativo, dijo:

—Lo que no comprendo es cómo ha podido llegar a esto.

—¿No se le entregó su correspondiente prima de retiro?

—¡Naturalmente! Una cantidad suficiente para que viviese sin preocupaciones. Además, si mal no recuerdo, se le recomendó para que su hija; sí, eso es; su hija. Ahora Lo recuerdo: la metimos en uno de los mejores colegios de Marte, en Stone City.

—¿Entonces?

—No sé lo que le habrá ocurrido; pero, de todas formas, espero que él mismo nos lo dirá. ¿Cuándo puedo verle?

—Cuando lo desee, señor.

—¡Pues para luego es tarde!

Se levantó y precedido por el doctor, que le guio a través de un verdadero laberinto de salas y pasillos, llegó ante una puerta que el otro abrió, haciéndose a un lado, respetuosamente, para dejarle entrar.

Había un armario, una mesilla de noche, un lecho y dos sillones. Sobre todo caía la luz del sol a raudales.

Un hombre se encontraba en el lecho.

Afeitado, aunque pálido, Miles parecía haber rejuvenecido. El brillo de sus pupilas era más natural y hasta su sonrisa parecía más franca y abierta.

Intentó incorporarse, pero Donald se lo impidió.

—¡Señor Callowan!

—¡Quédese como estaba, Miles; se lo ruego!

El enfermo se dejó caer sobre el montón de almohadas, que tenía tras la cabeza, sonriendo, demostrando que la felicidad le salía

por cada poro de su cuerpo.

—¡No sabe cuánto agradezco su visita, señor! ¡Me llena usted el corazón de gozo y de gratos recuerdos!

Las lágrimas asomaban a sus ojos.

—¡Aquellos, tiempos, señor! ¡Aquellos tiempos!

Donald, que había corrido un sillón, hasta colocarlo a la cabecera del herido y en el que había tomado asiento, sonrió a su vez, poniendo una de sus macizas manos sobre el hombro del hombre.

—¡Cálmese, Hall! Ahora lo que debe preocuparnos es su estado. ¿Cómo se encuentra?

—¡Muy bien, señor Callowan!

—Me alegro, y ahora, si puede, de otro modo lo haríamos otro día, desearía que contestara unas preguntas.

—Las que usted desee, señor.

—Bien. Veamos, amigo mío…

Su voz había bajado de tono, adquiriendo un matiz especial, como el que adoptan los hermanos mayores para dirigirse, en las grandes ocasiones, a los más pequeños.

—¿Cómo ha ocurrido todo esto, Miles?

La luz de los ojos del otro se nubló un poco, como si su fuerza interior cediese de repente al paso del ensueño que significaba la presencia de Callowan en su propia y triste realidad.

Tardó unos segundos en romper el tenso silencio que se había hecho; luego, con un hilo de voz repuso:

—Toda la culpa es mía, señor Callowan. Empleé indebidamente los fondos de mi retiro. Fue como una locura senil, algo diabólico que se apoderó de mí, empujándome hacia la catástrofe.

Donald preguntó:

—¿Juego?

—Bolsa.

—Comprendo.

—Creí, señor, que la suerte no podía abandonarme, después de haberme protegido durante toda mi vida; pero pronto comprobé claramente que no era lo mismo solicitar la ayuda de la suerte con una metralleta en la mano, que en aquel pandemónium que es, en realidad, la Bolsa.

Donald no pudo evitar una sonrisa en la que había mucha comprensión y no poca conmiseración.

—¡Pobre Miles! De verdad que me cuesta ver a un viejo agente

como usted, pendiente de las cotizaciones y devorando las notas bursátiles de los periódicos.

—¡Fui un imbécil, el mayor de los imbéciles, señor!

Sin dejar de sonreír, Donald dijo:

—Amigo mío, todos tenemos en la vida uno de esos momentos que yo no llamaría «imbéciles», sino de conversión. Y es que la experiencia que hemos logrado y de la que nos mostramos ufanos, no es, en realidad, más que algo limitado y estrictamente ceñido a las actividades que hemos desarrollado durante la mayor parte de nuestra vida.

»Que usted hubiese puesto al retirarse, como otros lo han hecho, una Agencia de Investigación Privada, hubiera sido lógico y normal; pero se lanzó a una aventura para la que no estaba preparado y en la que otros, sin ninguna clase de duda, se aprovecharon de usted.

—Es verdad.

Callowan golpeó amistosamente el brazo del herido.

—Por fortuna —dijo— hemos llegado a tiempo. Y ahora, en cuanto se haya repuesto, pensaremos algo para que pueda vivir tranquilo. ¿Dónde quisiera ir, Hall?

Miles sonrió y sus ojos brillaron, llenos de esperanza.

—Tengo a mi hija en un colegio de Stone City.

Donald asintió:

—Lo sé.

—Si pudiese ir allí.

—¿Por qué no? Pero, amigo Hall, debo decirle algo.

—¿Qué, señor?

—Ya sabe, puesto que conoce los estatutos de la SIP, igual o mejor que yo, puesto que debieron establecerse cuando, yo no era más que un novato… —sonrió—. Ya sabe —repitió— que me es completamente imposible renovar una petición de ayuda en forma de prima de retiro. ¿De acuerdo?

—Sí, señor Callowan.

—Por lo tanto y en sus circunstancias, tendrá que encontrar algún trabajo, dependiente del Servicio, lo bastante ligero para que pueda llevarlo a cabo sin mucho esfuerzo.

Esta vez no pudo evitar Callowan que el viejo se incorporase, sentándose de golpe en el lecho y preguntando asombrado:

—¿Cómo, señor? ¿Es cierto lo que me ha dicho?

—¿A qué se refiere usted?

—¡A que trabajaré para la SIP! ¡Otra vea encuadrado en las filas de la Spacial International Police! ¡De nuevo en el Servicio! ¡Santo Cielo, jamás hubiera podido imaginar, ni siquiera soñar, que una cosa así fuera posible!

—Pues ya lo ve.

—¡Gracias, señor Callowan! ¡Muchas gracias!

—No debe dármelas. Y además, Hall, no olvide que no va a ser una misión activa, sino algo al alcance de sus fuerzas. Ya no es usted aquel impetuoso muchacho que hizo frente a Strasser…

—¡Todavía tengo arrestos, señor!

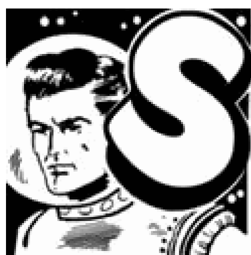
—Ya lo sé, pero no es igual. ¿Ha cumplido los sesenta?

—Tengo sesenta y tres, señor Callowan.

—Bien. Ya pensaremos algo que le vaya como un guante. ¡Y ahora a reponerse!

Estrechó la mano del herido y abandonó la habitación. No hizo falta que se volviese para adivinar que los ojos del viejo agente estaban llenos de lágrimas nuevamente.

Capítulo II


EÑORES viajeros… al treenn!

Como siempre.

La misma fórmula, idénticas palabras que en otros tiempos.

Y el mismo ambiente.

Desde la parte anterior del convoy, un poco separado del vagón especial donde iba el correo, los valores y demás paquetes, Miles Hall miraba la enorme extensión de la estación de Stone City. Y siendo lo bastante viejo para haber conocido otros tiempos, recordaba perfectamente otras estaciones y otros trenes, con aquel ir y venir de las gentes, de un lado para otro.

Y la voz del jefe, repitiendo unas palabras que empezaron a oírse allá, a mediados del siglo diecinueve…

—¡Señores viajeros, al tren!

No había más que mirar la locomotora, con sus aspas gigantescas y su forma ahusada, capaz de alcanzar velocidades del orden de los mil kilómetros por hora, deslizándose vertiginosamente sobre el único carril donde se apoyaba su soberbia y metálica estructura.

Hall sonrió.

¿Qué podía importarle que todo aquello estuviese como demostrándole su edad? Lo importante es que, a pesar de sus años y

gracias a la benevolencia del que había sido su jefe, estaba aquí, junto al monstruo, formando parte de él, ya que su cargo, vigilante general, le confería una autoridad suprema sobre todo lo que de valor transportaba el convoy.

—¡Hola, Miles!

Se volvió, viendo, allá arriba, asomado a la ventana oval de la locomotora, el rostro rubicundo de Woodard, el maquinista.

—¡Hola!

Era el primer viaje que hacían juntos, pero ya se habían conocido en las semanas de preparación técnica que Hall tuvo que sufrir, desde el punto de vista de los ferrocarriles marcianos, hasta ser aceptado definitivamente, como vigilante general del heliexpreso.

Aquél era el tren más importante de cuantos circulaban por Marte y el solo capaz de salvar la distancia que separaba la capital del planeta de Hursonville —tres mil kilómetros— en poco más de tres horas.

Miles se acercó a la masa colosal de la locomotora. La cara del maquinista era visible allá arriba, a la mitad de la distancia que alcanzaban las gigantescas paletas que aquel monstruo llevaba en su parte delantera.

—Hoy es tu primer viaje, ¿eh, Hall?

—¡Sí, amigo! Y de ti depende que sea todo lo feliz que espero.

—¡No temas! Este cacharro es más seguro que ninguna de esas asquerosas astronaves de las que tanto presumen.

—¿No exageras un poco?

—¡Qué va! Cuando veas a mi máquina cruzar el desierto marciano, a mil Kilómetros por hora, sabrás lo que es bueno!

Estaban obligados a gritarse, más por la distancia que les separaba que por el tumulto lejano que les llegaba de los andenes, donde los viajeros se apresuraban a ir subiendo en los magníficos vagones de dos pisos.

El heliexpreso era capaz de llevar once de aquellas colosales unidades, con trescientos viajeros cada una. Los vagones, dotados con el mayor confort imaginable, poseían cabinas particulares de primera clase, salón para juegos y fumadores, instituto de belleza, baños, duchas y hasta un cinematógrafo, capaz de contener quinientos espectadores y que, a veces, unido, al circuito de televisión de que estaba dotado el convoy, podía ser visto por todos los viajeros, cómodamente, desde sus asientos o cabinas.

Era el orgullo de las llamadas «Way Silver's Lines», las Líneas de Plata o «Caminos brillantes», como otros las llamaban.

Se estaba acercando la hora de la marcha.

Mientras seguía conversando con el maquinista, Miles Hall se sentía emocionado como nunca lo había estado. Desde hacía muchísimo tiempo, durante aquellos interminables cinco años últimos, se había acostumbrado a vivir como un animal huraño; alejado de todos, rechazado por todos.

Ahora, sin embargo, como si acabase de dejar la sucia charca de la peor de las pesadillas, se encontraba encuadrado en un ambiente amigo, sin hostilidad alguna, considerado por cuantos le rodeaban y deseoso de demostrarles todo lo que estaba dispuesto a hacer por ellos.

¡Le habían dado, además, una pistola!

Para alguien que no estuviese acostumbrado a ir armado, para cualquier otra persona corriente, el peso de la «Lüger» especial no significaría, a fin de cuentas, más que un engorro: un estorbo.

Pero para Miles, cuya mayor parte de su vida había transcurrido con la idea fija en que la existencia dependía del arma que llevaba, el volverla a tener junto a su pecho, en el bien calculado «holster», suponía algo que no hubiese cambiado por todo el oro del mundo.

Walter preguntó:

—¿Vas a subir, Miles, o quieres quedarte en tierra?

Hall le guiñó el ojo,

—¿Tú qué crees, Walter? Si después de esperar tanto, de tener que soportar que me examinasen como a un niño pequeño; si después de tener que aguantar a aquellos tipos del psicotécnico y demás, hoy, cuando voy a hacer mi primer viaje, pierdo el tren, ¿no te parece que merecería ser enviado de cabeza a la cámara electrónica?

Woodard torció el gesto.

—¡No hables de eso, amigo! ¡Y sube, que nos vamos!

En efecto, en aquel instante, un pitido estridente, que tenía algo del ulular de una sirena, resonó en la estación.

Ágilmente, sintiéndose más joven que nunca, Miles penetró en el vagón que iba inmediatamente detrás de la colosal máquina. Y cuando la puerta se cerró automáticamente detrás de él, un nuevo pitido, el último, precedió a la sensación clara de que el convoy se había puesto en marcha.

Miles lanzó una mirada circular a su alrededor, sonriendo

complacido al ver el hermoso despacho que poseía, con un lecho al fondo, justo frente a la puerta de rejas y cerradura eléctrica, que en algunas ocasiones se cerraba para guardar en la estancia contigua los valores importantes que el heliexpreso transportaba.

Sentándose en uno de los cómodos sillones, encendió un cigarrillo, respirando con satisfacción. No se notaba, en absoluto, el movimiento del tren, quo debía ya deslizarse a gran velocidad por el monocarril.

—¡Pareces un pachá!

Se volvió hacía el pasillo que comunicaba, mediante una rampa deslizante, a la locomotora con su vagón, viendo que Walter salía lanzado por una especie de tobogán, cayendo graciosamente de pie.

—¿Cómo? —inquirió Miles—. ¿Abandonas la máquina?

—No —se pavoneó el otro—. Pero los hombres importantes, como yo, tienen, no sé si lo sabes, un magnífico ayudante en el que se puede confiar por completo.

Hall sonrió.

—¡Qué estúpido soy! ¡Había olvidado a Barton!

—Pues él no te ha olvidado a ti; recuerda que le enviaste a que visitase a tu hija, para decirle que las pruebas que estabas haciendo, para ingresar en la Compañía te impedían ir a verla hasta que aeabases el primer viaje.

—Ya lo sé.

—Entonces, podrás comprender, viejo pacha.

—¿Qué quieres decir?

—Que desde que vio a tu pequeña, Pat está que no sabe lo que hace.

Miles soltó una carcajada; luego, poniéndose bruscamente serio dijo:

—Barton me dijo que era muy bonita.

—¡Y claro que debe serlo! Porque si escucho a Pat, cosa que empieza a serme imposible, es la mujer más linda que haya existido jamás.

Miles sonrió complacido. La felicidad que experimentaba en aquellos momentos le producía un agradable calorcillo en el pecho.

¡Cyntia!

¡Santo Dios, cómo debía haber cambiado!

De no haber sido por aquellas pesadas pruebas y aquellos exámenes interminables, hubiera podido ir a verla, estrecharla entre sus brazos y decirle cómo estaba orgulloso de tener una hija así.

Porque Barton, el joven ayudante del maquinista, al que había rogado que pasase por el Colegio para comunicar a la muchacha que estaba allí y que pronto iría a verla, le contó muchísimas cosas, entre ellas que Cyntia era una de las mejores alumnas, que hablaba cinco lenguas y que sobre todo, era linda como un sol.

—Estoy muy contento —dijo, como si hablase consigo mismo, con la mirada, perdida en un punto invisible para Walter— de hacer este primer viaje, te lo aseguro; pero, al mismo tiempo, desearía terminarlo pronto: para poder ir a verla.

—Lo comprendo.

—Es un momento que no quisiera perderme por todo el mundo. ¡Piensa que la última vez que la vi tenía apenas once años!

—Y ahora tiene veinte.

—Sí, toda una mujer…

—No te preocupes, dentro de unas tres horas estaremos en Hursonville, donde permaneceremos unas seis, tomando el camino de vuelta a toda velocidad.

Y entonces gozarás de una jornada de descanso, la del viernes, puesto que cada sábado hay que volver a la ciudad industrial.

Miles hizo un gesto hacia la puerta de fuertes barrotes.

—¿Es entonces cuando eso ya lleno?

—¡Hasta los topes, amigo! Un hermoso montón de dinero para pagar a los obreros de todas las industrias de Hursonville: cerca de mil millones de créditos…

—¡Arrea!

Y después de una pausa el viejo manifestó:

—Lo que no comprendo es cómo envían una suma así en el tren.

—¿Eh? —Hooward le miraba sonriente, pero cómicamente ofendido—. ¿Qué tienes que decir contra el heliexpreso?

—Yo nada, pero…

—¡Nada de peros! ¿Sabes por qué no pueden utilizar sus hermoso aviones y cohetes para transportar cosas por esta parte del planeta?

—No, no lo sé. Y eso es, precisamente, lo que me extraña.

—Pues voy a explicártelo. Toda esta región es, en realidad, lo que queda de un antiguo mar marciano, pero no vayas a creerte que ese mar era como uno de los nuestros. Se trataba de algo muy diferente: un océano de vapores de cloro o no sé qué. Lo cierto es que al desaparecer, quedó lo que esos tipos técnicos llaman una «depresión permanente», que por lo que he oído impide que se

pueda navegar por el aire a partir de sesenta metros de altura.

—¿Y por debajo?

—Sólo los helicópteros, pero siempre con cuidado de no subir, ya que se desplomarían como piedras.

—Entiendo.

—Por eso, amigo mío, el heliexpreso se ha hecho el dueño absoluto de esta región y nadie puede quitarle su importancia.

—¿No ha habido nunca un robo en la línea?

El otro soltó una carcajada.

—¡Ya salió el policía! Es imposible hablar con uno de vosotros, porque en cuanto uno se descuida, ¡zas!, ya está el robo, el crimen, el atentado. De verdad que os compadezco.

Miles preguntó:

—¿Por qué?

—Porque os habéis debido pasar la vida pensando en cosas malas.

—Es muy posible; pero no olvides, maquinista satisfecho, que gracias a nosotros se han evitado muchísimas cosas y castigado otras.

—Ya sabes que hablo en broma.

—Lo sé. Pero no has contestado a mi pregunta de antes: ¿ha habido algún intento de robo en la línea?

—No puede haberlo.

—¿Eh?

—Lo que oyes. Ya te he dicho antes que sólo un helicóptero podría volar a una determinada altura.

Y ninguno de esos despreciables saltamontes esqueléticos podría llegar a hacer ni la cuarta parte de la velocidad que puede llegar a conseguir mi locomotora. ¿Sabes que un día que salí con retraso rayé muy cerca de los dos mil a la hora?

—¡Fantástico!

—Lo que oyes, amiguito. Ahora imagínate un helicóptero detrás de nosotros. ¿No haría el ridículo más espantoso?

—Sí, es verdad; pero los asaltantes pueden cortar la vía o atacar desde el suelo.

—¡Visiones! ¡Estás viendo visiones! Porque no te he dicho antes que la línea del heliexpreso es la única cosa sólida que existe en este inmenso mar seco. Si abandonases el tren, te hundirías en una especie de ciénaga, muriendo irremisiblemente.

Miles exclamó:

—¡Me cierras todas las salidas!

—Es la verdad, Miles. Para apoderarse, por ejemplo, del dinero que llevamos los sábados, tendrían que organizar el robo desde el mismo tren. Y eso tiene sus dificultades… si queremos llamar así a lo imposible.

—¿Qué dificultades?

—Bastantes. La primera y la más gorda es que este vagón está completamente aislado, junto con la máquina, del resto del convoy, formando una especie de mundo aparte. Detrás, del fondo de esa cámara blindada —añadió señalando la puerta de barrotes, que entonces estaba abierta, ya que no llevaban más que correo sin importancia— hay un espesor de cinco metros de acero, «pequeño detalle» que te convencerá que los técnicos que construyesen este vagón sabían lo que se hacían.

»Pero, por otra parte, y dándote gusto, satisfaciendo tus ideas de “polizonte”, vamos a imaginar, que es mucho imaginar, por un momento, que los ladrones, ¡pobrecillos!, se deciden a abandonar, no sé cómo, su compartimiento, saliendo al techo del vagón, donde tendrán que soportar un aire con una fuerza de mil kilómetros por hora.

»Continuando nuestras bellas suposiciones, que más parecen un cuento de hadas, pensemos que esos tipos son verdaderos superhombres, y que logran llegar hasta el techo de este vehículo, cuyo espesor, entre paréntesis, es de un metro cincuenta de excelente acero.

—¡Lo estás poniendo muy mal!

—Por el contrario, quiero ayudar a tus «ladrones». Gracias a un perforador todo lo atómico que quieras, conseguirán perforar el techo, penetrar aquí, llenarte el cuerpo de plomo, abrir la puerta y coger el dinero.

—¿Y entonces?

—Eso es, precisamente, lo que yo deseaba preguntarte: ¿Y entonces?

Rio, haciendo una corta pausa, quizá, para excitar aún más la curiosidad profesional del otro, que estaba al rojo vivo.

—Entonces, mi querido agente de la SIP, los bandidos pueden hacer varias cosas.

—¿Cuáles?

—Quedarse aquí, con el dinero, no logrando absolutamente nada, ya que el heliexpreso, los sábados, cuando llega a

Hursonville, penetra directamente en un túnel blindado, donde se descarga el dinero, soltando, antes, a toda velocidad, el resto del convoy, que por otra vía es frenado en la estación de viajeros.

»Comprenderás que no pueden bajar y han de quedarse aquí o llevar lo robado a su vagón de origen. Pero hay otro pequeño detalle.

Miles preguntó:

—¿Más aún?

—Sí. Todo ha sido pensado cuidadosamente, amigo mío. El dinero va en cajas de acero, cuyo peso es de doscientos kilos. Además…

—¡Por favor! ¡No irás a decirme que hay más dificultades!

Hooward rio, con alegre franqueza.

Después continuó:

—Las hay. Todas las cajas son esféricas, debido a la máquina que las traslada en las dos estaciones; pero, al mismo tiempo, creo yo que los técnicos le dieron esa forma para el caso de que alguien consiguiese izarlas sobre el techo de este vagón, que también es incurvado, convexo, no pudiera hacer más que perderlas, puesto que a la velocidad del convoy, mantener en equilibrio esas esferas, ahí arriba, sería prácticamente imposible.

—¡Me rindo!

—Un momento, no seas tan impaciente.

—Pero ¿es que vas a seguir hablando?

—Desde luego. Tú me has preguntado y yo debo darte toda clase de garantías, si los presuntos ladrones consiguiesen llevar las esferas al techo y echarlas al suelo, con el propósito de recuperarlas más tarde, ya sabes que las cajás se hundirían, cerca de diez metros, en el légamo, que posee esa profundidad.

»Y para sacarlas sería necesaria una grúa que no podría obrar más que desde el heliexpreso y aun con bastantes dificultades.

—¡Me has vencido!

—No, amigo mío. Lo que yo deseaba es que vivieses tranquilo. ¡Buen enchufe te ha buscado Donald Callowan!

Miles asintió con una sonrisa.

Pero detrás de aquel aparente signo de gozo, había una mueca en lo hondo del alma. Como ese agradecimiento que hay que sentir cuando se recibe algo que, después de todo, crudamente, sin ambages, no es más que una limosna.

Eso era lo que le habían dado.

¿Y qué podía pedir él, un viejo gastado, destrozado por una vida errónea?

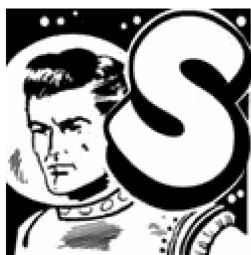
¿Es que se creía aún aquel, joven agente, valeroso y dispuesto, para que le hubieran confiado algo importante, con peligro en el que intervenir?

¡¡Iluso!!

«Tú, Miles Hall, no eres ya más que un pobre viejo. Y si Callowan te ha encontrado este sitio es para que pases lo que te quede de vida con una ilusión estúpida…, porque tú sabes muy bien que aquí no eras necesario…».

Ni tú ni nadie.

Capítulo 



OBRE las cabezas de los cuatro hombres, el humo de los cigarrillos formaba una nube tan espesa que daba la sensación de que podía ser cortada con un cuchillo.

La habitación era pequeña y las persianas echadas impedían ver el hermoso panorama que hubiera sido visible desde la ventana de aquel apartamento, situado en el piso duodécimo de una de las casas más elegantes de la ciudad.

Pero a aquellos hombres no les gustaba el sol, ni el aire, ni los amplios paisajes, ni la luz natural.

Sobre todo, en aquellos momentos.

De todos modos, estaban acostumbrados a vivir de noche, en los locales de mala fama y mucha elegancia. Y enamorados, como eran, de la luz eléctrica y los ambientes cerrados, preferían, en aquella mañana soleada estar encerrados en la pequeña habitación, con una lámpara en una esquina, rodeados del humo de sus cigarros y con una botella casi vacía en la mesa.

Smith hacía solitarios.

Había logrado apoderarse de una porción de la mesa, poniendo su vaso junto al de Jess, y con la baraja en sus cortas manos buscaba enlazar las figuras, teniendo el cigarrillo colgando del labio inferior.

En realidad él no tenía nada que hacer en la conversación de los otros tres, ya que aún no le habían preguntado nada. Y, hombre sensato, como todos los verdaderos especialistas, prefería esperar a que le consultasen.

Jess Breder, a su lado, era la antítesis de Smith, Éste era regordete, pacífico en apariencia, tranquilo ciento por ciento. Jess, por el contrario, mostraba una delgadez cadavérica, nerviosismo constante y, lleno de sudor, esperaba a que se terminase todo aquello para correr al cuarto de baño, donde se inyectaría una nueva dosis de heroína.

Los efectos de la última inyección estaban desapareciendo, y raros estremecimientos recorrían sus nervios, al tiempo que su rostro se iba descomponiendo, y su respiración se hacía fatigosa y silbante.

Frente a él, Stark, el jefe, sonreía.

Como siempre, su rostro perfectamente rasurado hacía juego con el traje impecable y la corbata inmaculada. Y las manos que tenía sobre la mesa, sujetando una de ellas la boquilla de oro en la que fumaba su cigarrillo aromático, era otra prueba evidente del detalle y el cuidado con que se preocupaba de sí mismo.

Él también era un especialista —y de los buenos—, muchísimo menos ruidoso que el hombre de los solitarios. En realidad, era un verdadero intelectual, aunque hacía muchísimo tiempo que había prohibido que los que le rodeaban le llamasen «profesor».

Y lo era.

Es otros tiempos, su nombre, un nombre completamente distinto al que ostentaba ahora, había sido famoso, y muchas veces, cuando no tenía otra cosa que hacer, abría la maleta donde guardaba las viejas revistas, complaciéndose en leer los artículos científicos que llevaban su firma y los que, firmados por otros, le citaban siempre con adjetivos encomiosos.

A su lado, Abe Yuen era, también, distinto a él.

Y si poseía un ligero parecido con Jess, aunque era mucho más fuerte que el morfinómano, lo era sólo en el brillo intenso de la mirada, aunque la de Yuen poseía una intensidad completamente distinta a la luz apagada y mortecina que, en aquellos instantes, vacilaba en las húmedas pupilas de Breder.

Éste, que no podía más, se atrevió a romper el silencio que reinaba, tras algunas frases que acababa de decir Frank Stark, el jefe:

—¿Y si lo dejásemos por hoy, jefe?

—¿Por qué? —inquirió éste.

—Ya vemos que, por el momento, no podemos trazar un plan concreto: el asunto es muy difícil para decidirlo así como así.

—Ésa es tu opinión, Jess —el jefe sonrió—, una opinión precipitada por la falta de droga, ¿no es verdad?

Breder se estremeció.

—¡Puedo aguantar aún una hora, jefe!

—Mejor.

Y tras una corta pausa, ordenó:

—Pasemos revista de nuevo a los datos que poseemos. Hemos resuelto, hasta el momento, algunos de los más importantes, como es el de llegar hasta el tren. Podemos considerarnos, sin fantasear, sobre el tejado del vagón blindado. ¡Carl!

Smith colocó una de las cartas, levantando la cabeza.

—¿Sí?

—¿Quieres dejar de una vez esos malditos naipes?

El otro sonrió.

—Le estoy escuchando, jefe. Y mis cartas son inofensivas para todos y necesarias para mí. Estaba usted diciendo que podíamos considerarnos sobre el vagón blindado. ¿No era así?

La voz del jefe se dulcificó un tanto.

—Sí —dijo, entornando los ojos, como si fuese capaz de imaginarse la escena—. Es como si ya estuviéramos en el tejado del vagón. Y ahí entras tú, Smith.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque ninguno de mis explosivos sería capaz de perforar ese techo, de un metro y medio de espesor.

—¿Entonces?

—Yo puedo abrir la puerta de rejas, hacerla volar como si fuese mantequilla y abriros el camino hacia el interior. Puedo agujerear, después, con un poco más de trabajo, las puertas de las esferas, poniendo el dinero en vuestras manos.

»Pero mi trabajo, jefe, empieza cuando estemos dentro del vagón.

—Ahí está el «quid» de la cuestión —repuso Frank, sombrío—. El eslabón que nos falta es ése: penetrar en el vagón. ¡Y sobre todo ahora que esos imbéciles han puesto en el interior, como guardián, a un viejo agente de la Spacial International Police!

Jess se pasó la lengua por los labios resecos.

—¡Déjemelo a mí, jefe! ¡No durará ni un segundo!

—Ya lo sé. Tú podrías encargarte de él y Yuen de los maquinistas, si se atreviesen a asomar la nariz por el vagón.

Hizo una pausa larga, angustiosa.

Luego, el jefe continuó:

—Pero no es eso. Lo que interesa es poder penetrar en el vagón, ya que si no lo hacemos, de nada me habrán servido estos dos años de trabajo.

Jess volvió a sonreír.

—Creo que tengo la solución.

Todos le miraron, pero sin ninguna confianza, ya que le consideraban, sobre todo en aquellos momentos, cuando le sabían falto de droga, incapaz de tener ideas.

—Habla —instó Stark.

—Me refiero a ese vejestorio de la SIP.

—¿Qué hay de él?

—Usted me encargó de hacer una investigación sobre él y ahora recuerdo un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Tiene una hija. En el «American College».

—¿Y qué?

—No la ha visto hace muchísimo tiempo y está deseando hacerlo. Es lo único que le queda en el mundo. Podríamos obligarle a abrirnos el vagón. ¿No le parece, jefe?

Frank no contestó.

Reflexionó unos instantes; después, mirando a los demás, que estaban pendientes de él, sonrió:

—¡Una buena idea, Jess! ¡Quizá la mejor que hayas tenido desde que te conozco!

Los ojos de Breder se animaron un tanto.

—Puedo ir por ella, jefe. Un cuento cualquiera y la traigo aquí. Stark frunció el ceño.

—Esto ya no es asunto tuyo, Jess.

—¿Por qué?

—¿Me crees lo bastante loco como para enviarte a ese colegio, con tu aspecto? ¿Quieres asustar a los profesores y que vean a la legua cuáles son nuestros propósitos?

—Pero…

—¡Calla! Tú ya te has ganado lo que deseabas.

—¿De veras?

Le temblaban las manos, como si padeciese una enfermedad nerviosa.

El gordo Smith le miró con asco.

—Sí, vete al baño y no vuelvas en un rato: a ninguno nos gusta verte cuando acabas de pincharte.

—¡Gracias, jefe!

Se levantó, tan violentamente, que hizo caer la silla.

—¡Perdón!

Nadie le contestó, y cuando hubo puesto la silla en su sitio, corrió rápidamente, desapareciendo por la puerta del fondo.

Se hizo un silencio.

Luego, Stark dijo:

—De verdad que es una excelente idea: justamente la llave que necesitábamos para abrir el vagón.

Y volviéndose a Yuen, preguntó:

—¿No puede abrirlo ese tipo por arriba, Abe?

—Sí. Hay una especie de trampilla que da al techo del vagón.

—Ya lo recordaba. ¡Lástima que no pudiéramos, desde el principio, seguir el plan que trazamos primero! Entrar por la locomotora hubiera sido lo mejor.

—Pero no se puede, jefe. Ya sabe usted: las aletas del heliexpreso saltarían hechas pedazos y el tren, sin el equilibrio que aquéllas le proporcionan, descarrilaría sin que pudiéramos evitarlo.

—Sí, es verdad. Por lo tanto, amigos, es el plan de Jess el que vamos a adoptar.

Intervino Smith.

—¿Y cree Usted que el viejo estará, de acuerdo con nosotros? ¿Cederá?

—¡Tenemos que hacerle ceder! —rugió Abe, con su habitual violencia en la expresión.

—Un momento de paciencia, por favor dijo Stark. —Jess me ha hablado bastante de ese hombre y no le creo con arrestos como para dejar que le ocurra algo a su única hija. Luchará, es posible, contra la idea de convertirse en un traidor. Lo malo es la influencia que su magnífico historial en la SIP puede ejercer sobre su voluntad.

»Pero no creo que se niegue.

»Sobre todo —añadió, tras una cortísima pausa, si le hacemos ver que estamos dispuestos, si es necesario, a causar todo el mal posible a su hija,

—¿No avisará a Callowan?

—No. De eso estoy seguro, aunque tendrá muchísimas ganas de hacerlo. La SIP ignorará el asunto, ya que mi idea, cuando nos haya abierto la trampilla del vagón, es la de suprimirlo.

—¿Y la hija?

—Ya tendremos tiempo de preocuparnos de ese asunto.

Miró al gordo fijamente.

Después decidió:

—Tú, Smith, con tu aspecto burgués, eres el hombre adecuado para ir al colegio.

—¿Y qué historia le cuento a la muchacha?

—Puedes decirle que su padre ha sufrido un pequeño accidente: nada de importancia, pero que desea verla. Podemos llevarla a mi hotelito, lejos de la ciudad. Como nunca saldrá de allí, no hay nada que temer. Además, en cuanto hayamos conseguido el dinero, nos iremos a la Tierra, donde nos separaremos hasta que pase todo.

—Entendido —repuso Cari—. ¿Cuándo debo ir al colegio?

—Mañana por la mañana. Llevarás mi coche, que es el más serio. Abe irá al volante.

—De acuerdo —dijo éste.

Y el jefe, después de haber encendido un cigarrillo, añadió:

—Las cosas van arreglándose ahora. Pudiendo penetrar en el vagón, tenemos la «pasta» en las manos. Porque nunca se podrán imaginar el modo cómo hemos llegado a vencer todas las dificultades que, para otros que no sean nosotros, serían impracticables.

—¡Será un golpe famoso!

Frank sonrió, complacido.

—Sí, pero no olvides, Smith, que llevamos dos años trabajando, sin hacer otra cosa más que preparado. Hemos vivido estrechamente, con sacrificios, pensando sólo en eso.

—¡Pronto tendremos la recompensa!

—Y merecida. Este asunto es como otro cualquiera, pero mucho más difícil de lo que hemos hecho hasta ahora. Atreverse a atacar al heliexpreso parecería una locura si lo dijésemos a alguien. Y, precisamente, esta clase de trabajos son los que, en el fondo, y a pesar de las apariencias, casi nunca fallan. Pues nadie espera que alguien se atreva a realizarlos. ¿Es verdad?

—Sí —repuso Smith—. ¿Y si hablásemos ahora del tiempo, jefe?

—Como quieras.

El gordo sacó un cuaderno, consultando, en silencio, unas notas que tenía escritas.

Luego, con voz cascada, expuso:

—Veamos: el heliexpreso saldrá de Stone City a las doce del mediodía, el próximo sábado.

—Eso es.

—Nosotros estaremos en el techo a la una y unos minutos; eso depende de usted, jefe.

—Puedes contar que a la una y diez estaremos ya en el techo.

—Perfectamente. Pongamos, para tener un pequeño margen de seguridad, que el tipo de la SIP nos abre la trampilla a la una y quince.

—Bien.

—A esa hora estaremos abajo. Y sin contar el tiempo que Abe y Jess empleen para limpiar a los que se presenten, podemos decir categóricamente que a la una y cuarto puedo empezar a ocuparme de la reja.

—Así es.

—He calculado quince minutos para demolerla, ya que tengo que hacer, como se ve en este dibujo, ocho perforaciones.

—Lo que nos lleva a la una y media.

—Exactamente.

—Una vez abierta, la verja, debo emplear aproximadamente diez minutos por caja esférica. Y hay ocho.

—Lo que hace una hora y veinte.

—Y lo que nos lleva, al final del trabajo, a las tres menos diez.

Intervino Yuen, nervioso:

—¡Pero si el heliexpreso llega a Hursonville a las tres!

—Un poco más tarde, pero eso no importa. Tenemos unos diez minutos antes de que el tren llegue a Hursonville. En ese momento, sin frenaje, la locomotora y el vagón blindado se estrellarán al fondo del andén especial. Naturalmente, no habrá víctimas, ya que sus ocupantes llevarán un buen rato muertos.

—¿Y el resto? —inquirió el jefe.

—Llegarán normalmente, puesto que el mecanismo electrónico que separa el convoy de una manera automática antes de llegar a Hursonville, funcionará, haciendo que los coches de los viajeros lleguen tranquilamente a su andén, donde ya sabemos todos que son frenados por oposición de una corriente de agua.

—¿Tendremos ese margen de diez minutos, Smith?

—Sí, jefe.

—Son muy pocos minutos de seguridad —objetó Abe, cuya frente estaba perlada de sudor.

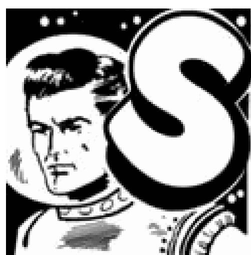
Smith le miró con desprecio.

Sabía que tanto él como Jess no eran más que unos cobardes cuando se les quitaban sus armas preferidas: a éste su metralleta y al otro su morfina y sus manos, con las que le gustaba trabajar, estrangulando a quien se pusiera a su alcance.

—Diez minutos son más que suficientes —dijo—. Y yo sabré hacer mi trabajo al ritmo previsto…, si es que no surge algún imponderable que me lo impida.

—No se presentará —concluyó el jefe.

Capítulo IV


EÑORITA HALL, tiene usted visita.

Cyntia, que estaba pasando en limpio unos deberes, levantó la cabeza, sonriendo a la empleada que tenía ante ella.

Luego, de repente, poniéndose en pie, se extrañó:

—¿Una visita? ¡Dios mío, si debe ser papá!

—No lo creo —repuso la otra.

—Será su amigo, el que me visitó hace unos días para decirme que papá vendría pronto.

—No lo sé, señorita. Yo no estaba de servicio entonces.

Abandonando su trabajo, la joven corrió hacia el pasillo, a cuyo final se hallaba el salón donde e] visitante debía esperar.

Cuando penetró en la salita, una mueca de decepción apareció en su rostro, ya que, aunque sabía por la empleada que no era su padre a quien iba a encontrar allí, esperaba, al menos, que fuese el simpático muchacho que había venido la otra vez a verla.

Pero el hombre regordete no era, en manera alguna, antipático, y la sonrisa que adornaba su rostro poseía un encanto especial.

—¿La señorita Hall?

Se inclinó ante él graciosamente.

—Sí, soy yo, señor…

—Me llamo Conraw —repuso él con acento paternal en la voz—.

Y quiero que sea usted valiente, pequeña.

—¿Que sea valiente?

—Sí. Siéntese, por favor.

La joven obedeció sin poder evitar que su corazón saltase con un ritmo más intenso que el normal.

Pero no se atrevió a decir nada, tanto miedo tenía, respetando el silencio y esperando que fuese el visitante quien lo rompiese.

Así fue, en efecto.

—Vengo a verla de parte de su padre.

—¿Está bien?

—Perfectamente, aunque se verá obligado a pasar unos días en cama.

—¿Eh?

Se llevó las manos a la boca y sus hermosos ojos azules y rasgados se hicieron aún más grandes.

—¿Le ha… ocurrido… algo? —balbució.

—Casi nada. Ha sufrido una caída, pero le aseguro que está perfectamente bien.

—¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

—Cálmese, por favor, señorita. Cuando le digo que está perfectamente bien, que no se ha hecho mucho daño y que sólo tiene ligeras magulladuras, producidas por el golpe, le digo la verdad, que, por otra parte podrá usted comprobar cuando quiera.

—¿Cómo? ¿Podré verle?

—Por eso estoy aquí. Ha sido él, mi buen amigo Miles, quien me ha enviado para rogar a usted que venga a verle.

—¡Claro que iré! ¿Dónde está?

—En una pequeña clínica, en West Kartier; un lugar tranquilo donde se repondrá enseguida.

—Pero ¿qué le ha ocurrido? ¿Cómo es posible que se haya caído?

Smith sonrió.

—Miles, y perdone que le llame así, puesto que le conozco desde hace mucho tiempo, se sigue creyendo un joven de veinte años…

—Eso es verdad. Papá no ha querido nunca admitir que se iba haciendo viejo.

—Veo que lo conoce bien, a pesar de que lleva mucho tiempo sin verle.

—Antes me escribía muy a menudo.

—Lo comprendo.

Y después de una corta pausa, continuó:

—Pues bien, siguiendo explicándole lo que ha ocurrido: Miles se quiso encaramar a la locomotora del heliexpreso para verla por dentro. La escalera metálica sobresale apenas del cuerpo de la máquina.

Y su papá resbaló, afortunadamente cuando sólo había subido dos o tres escalones. Por eso no se hizo mucho daño.

—¡Gracias a Dios!

—Sí, tuvo bastante suerte. Por eso puede estar usted completamente tranquila.

Ella se puso en pie, impaciente, con un brillo intenso en las pupilas.

—¡Perdone un momento, señor Conraw! Voy a pedir permiso a la directora y enseguida estaré con usted.

—Muy bien, jovencita.

No tardó la joven más de cinco minutos en reaparecer, con un lindo abrigo de entretiempo echado sobre los hombros.

—Cuando usted quiera —invitó con una sonrisa.

—Vamos.

El coche estaba en la puerta y Abe, sin poderlo remediar, se volvió para ver a la muchacha, sonriendo luego, ya cara al parabrisas.

No había pensado que fuese tan bonita.

Y después, cuando puso el vehículo en marcha, se dijo cínicamente que cuando todo hubiera terminado, dentro de unos días, podría pedir a Frank que le dejase aquella preciosidad que ahora iba sentada junto al cerdo de Smith.

No era una mala idea.

* * *

El heliexpreso penetró en la estación terminal de Stone City. Cesaron de girar las palas estabilizadoras de la locomotora y bajo el tren surgieron las poderosas presas metálicas, por ambos lados del monocarril, sujetando al convoy, que ya podía reposar sobre aquella sólida base.

Sin preocuparse de los viajeros ni del bullicio que los que esperaban hacían en el andén, el maquinista y su joven ayudante se dejaron caer por el tubo neumático, cuya puerta final estaba siempre abierta, llegando, como salidos de la pared, al vagón donde

estaba Miles.

—¡Hola, viejo! —exclamó Walter Woodard, el maquinista.

—Buenos días, señor Hall —saludó respetuosamente Pat Barton, su ayudante.

Miles, que estaba sentado en uno de los sillones, leyendo un libro, levantó la cabeza, agradablemente sorprendido por la presencia de los otros.

—Si yo fuese el dueño o uno de los accionistas de la línea —dijo sonriendo—, os echaría hoy mismo a la calle por abandonar con esta frescura la locomotora en pleno viaje.

Woodard miró a su ayudante, para decir acto seguido.

—¿Te das cuenta cómo nos trata este «polizonte», Pat?

—Yo… —balbució el otro.

Se daba cuenta de que su jefe hablaba en broma; pero, por otro lado, la presencia de Miles le imponía, sobre todo porque era el padre de «ella».

Woodard, implacable, siguió atacando:

—Y si, al menos —dijo—, se tratase de un policía inteligente, de esos de la SIP, de un hombre capaz de darse cuenta de que el heliexpreso está parado…

—¿Eh? —exclamó el viejo policía.

—Lo que oyes, amigo —dijo, triunfalmente, el otro—. ¿Es que no te has dado cuenta?

—No, la verdad es que creía…

—¡Va, va va! Tienes mucho que aprender aún, Miles. Te he dicho mil veces que nuestro tren es algo maravilloso y que tardarás mucho tiempo en darte cuenta de lo estupendo que es. ¡Hemos llegado, Miles! Estamos de regreso, tan ricamente como hicimos el viaje de ida, lo que quiere decir que puedes abandonar este infecto vagón cuando quieras.

—Ahora mismo.

—Pero antes, «sabueso de la SIP», has de cumplir algo, un requisito imprescindible.

—¿Cuál?

—El invitar a beber a los que te han traído, sano y salvo, hasta aquí: es una costumbre que nadie se ha atrevido a violar hasta ahora.

—¡Perfectamente! ¡En marcha!

Oprimió él botón que había en la puerta lateral y los tres descendieron al andén, dirigiéndose a la cantina.

Una vez allí tomaron asiento en una de las mesas y bebieron, fumaron y charlaron durante un buen rato.

—¿Vas a ir a ver a tu hija, Miles? —inquirió el maquinista.

—¡Inmediatamente!

Pat se mordió los labios.

Le hubiese gustado acompañar a Hall, aunque comprendía que no tenía ningún derecho a hacerlo. Pero, de todos modos, se prometió ir el día siguiente al colegio, con cualquier pretexto, con tal de volver a ver a Cyntia.

Miles se despidió de ellos y abandonó la cantina, dirigiéndose hacia la salida de la estación.

Fue entonces, cuando atravesaba el «hall», que un hombre regordete, de aspecto bonachón y simpático, se acercó a él, quitándose el sombrero:

—¿El señor Miles Hall?

—Sí.

—Me acaban de indicar quién era usted. Yo soy el vigilante general del American College.

—¡Ah!

Y después de una corta pausa, frunciendo el entrecejo:

—¿Le ha ocurrido algo a mi hija?

—No, no se preocupe; se lo ruego: no ha sido nada en realidad.

—Pero…

—Voy a explicárselo en dos palabras, mientras vamos hacia mi coche. No tiene usted por qué preocuparse, señor Hall.

—¡Hable, por favor!

Habían empezado a caminar hacia la salida.

—Su hija, Cyntia —explicó el otro, con tono normal— jugó ayer un partido de baloncesto y chocó con una de las jugadoras contrarias. Cayó al suelo y se lastimó una pierna.

—¿Grave?

—En absoluto, pero tendrá que estar unos días en nuestra clínica de West Kartier.

—¿Entonces debe ser grave?

—Le repito que no; puede creerme, pues dentro de poco lo comprobará usted mismo.

—¡Pobre pequeña!

—Está muy bien y me rogó que viniese a buscarle en cuanto llegase el heliexpreso. Quiere verle y temía que usted, ignorando lo ocurrido, fuese a verla al colegio.

—Justamente es lo que iba a hacer ahora mismo.

—Me alegro de haberlo encontrado. No lo conocía personalmente, pero un empleado de la estación tuvo la amabilidad de señalármelo en el momento en que salía usted de la cantina.

Miles apremió:

—Vamos, por favor.

—Aquí está mi coche.

Miles subió y el conductor puso inmediatamente el vehículo en marcha.

Atravesaron la ciudad a bastante velocidad, adentrándose después en el barrio donde Smith había dicho que estaba situada la «clínica».

West Kartier era el sector residencial de Stone City, y estaba formado principalmente por un bosque espeso, completamente replantado con árboles traídos de la Tierra, Construcciones lujosas, aisladas y separadas unas de las otras, habían sido vendidas a precio de oro por la empresa que tuvo la genial idea de plantar árboles en un planeta que carecía en absoluto de vegetación, al menos como en la Tierra se concibe.

La «clínica» estaba situada en un lugar completamente aislado, rodeada de altos árboles que la ocultaban por completo, haciéndola invisible desde el camino.

Se detuvo el coche.

Seguido por Smith y Abe, Miles penetró en la finca, y después de subir por una artística escalera de mármol, entró en la casa.

Un hombre con bata blanca estaba en el vestíbulo.

—¿Cómo sigue, doctor? —inquirió el viejo con ansiedad.

Pero Smith, señalando a Jess, que era el hombre con bata blanca, aclaró:

—No es el médico, señor Hall, sino un enfermero. Va usted armado, ¿verdad?

—Sí.

—Es natural, siendo, policía. Tendrá que dejar el arma aquí. Ya sabe que está prohibido llevarla en hospitales y centros sanitarios.

Miles sonrió.

—Es verdad. ¡Qué tonto soy! ¡Lo había olvidado por completo!

Metió la mano en su chaqueta, sacando de la sobaquera su «Lüger» especial, que tendió a Jess.

Éste la sopesó.

—Buen arma.

—Es la de todos los agentes de la Spacial International Police —replicó Miles, con una nota de legítimo orgullo en la voz.

—¿Vamos? —intervino Smith.

—Sí.

Atravesaron otra salita, penetrando en un corredor, al final del cual había una escalera de caracol.

Subieron por ella.

Una vez arriba, Smith, con la misma sonrisa de siempre, dijo:

—Hablaremos con el director, quien le dirá cómo se encuentra su hija. Luego iremos a verla.

—Bien.

Llamó el gordo a una puerta y una voz, desde el interior, les invitó a entrar.

Frank Stark estaba sentado detrás de una mesa de despacho. Al entrar su visitante, le sonrió, señalándole un asiento.

Y cuando Miles se hubo acomodado, le miró fijamente. Y con toda la crueldad posible, en la voz, habló:

—¿Nos hacemos viejos, eh, Miles?

Hall frunció el entrecejo, mirando a su interlocutor.

—No comprendo… —murmuró.

Y el otro, con una sonrisa implacable, dijo:

—Es natural. Tú no comprendes ni yo tampoco.

Tampoco comprendo cómo un hombre tan listo como Donald Callowan ha podido confiar una labor de vigilante a un vejestorio tan calamidad como tú.

Palidecieron las mejillas de Miles, que luchaba por comprender aquellas inesperadas palabras. Pero la cólera volvió a enrojecerlas. Y con voz dura preguntó:

—¿Qué significa esto?

Se había puesto en pie.

—¡Siéntate, idiota!

Se volvió, justo a tiempo para ver que Smith, con una pistola en la mano, le amenazaba por la espalda.

Se dejó caer de nuevo en el asiento.

—Han pasado tus tiempos de agente —le dijo el del despacho, con la misma crueldad implacable de siempre—. ¿Es que no te das cuenta de que tu juego no es éste? Te tiraron por algo, pero tú, estúpido, te has metido en la cabeza unas ilusiones que, como ves, no eran más que los sueños de un viejo,

Cada palabra penetraba en su carne, como si se tratase de un

cuchillo. Y lo peor era que lo que aquel tipo decía era verdad. La prueba no había que buscarla muy lejos, ya que antes, cuando era joven, no se hubiera dejado coger de una manera tan sencilla, tan elemental.

—¿Qué queréis? —inquirió, mordiéndose, los labios.

—Charlar contigo. Y te ruego que, a partir de este momento, dejes de tutearme y me llames «señor».

Había sangre en los labios del viejo agente.

—Sí, señor —dijo, con visible esfuerzo.

El otro sonrió, complacido.

—Así me gusta. Y cómo no estoy acostumbrado a perder el tiempo, voy a ir directamente al grano: pensamos robar el heliexpreso el sábado.

—¡Ah!

Entonces ¿era aquello?

Miles sonrió por vez primera desde que estaba allí. Y su sonrisa se agrandó al recordar lo que había hablado con el maquinista, cuando imaginó un robo al tren.

—Perdeis el tiempo —dijo, seguro de que decía la verdad.

—¡Llámale señor!

La voz de Smith había sonado como un trallazo, pero lo que dolió al viejo fue el golpe que el gordo le propinó en la oreja derecha con el afilado punto de mira de la pistola.

Sintió el escozor y luego la sangre que bajaba tibia por el cuello.

Pero no se movió.

Era extraño, mas entonces volvía a sentirse joven, como en aquellos buenos tiempos en que había recibido más de un golpe.

Por eso sonrió.

—Perdéis el tiempo —repitió obstinado.

Smith fue a darle un nuevo golpe, pero Stark, con un gesto, le detuvo.

Luego, sonriendo ordenó:

—Déjale Smith. ¿No te das cuenta de que se está haciendo el valiente? Verás ahora, cuando yo le explique…

Y mirando con sus ojos acerados a Miles.

—¿Te crees listo, eh? Ya sé que todavía confías en tu vieja piel de agente de la SIP; pero te equivocas.

—Eso es lo que tenemos que ver.

Los labios de Stark dibujaron una mueca horrible.

—¡Imbécil! Te pondrás de rodillas ante mí y llorarás como una

mujerzuela.

—¡Nunca!

—Eso es lo que tú crees, pero bastarán unas palabras, que puedo pronunciar cuando quiera, para que te conviertas en lo que en realidad eres: un pobre y desdichado guiñapo humano.

Los ojos de Miles, se encendieron.

—No soy joven, es verdad. Pero si ordenas a esta bola de grasa que guarde su revólver, te demostraré que mis puños no han olvidado lo que aprendieron en la Escuela de la SIP. ¡No harías tanto el gallito si éste no tuviera la pistola en la mano!

Smith se puso furioso:

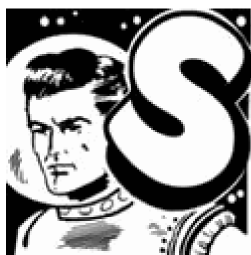
—¡Déjeme zumbarle, jefe!

—¡Silencio! De nada le servirán sus bravatas. Ahora verás cómo se le termina todo y se arrastra por el suelo como una mujerzuela…

Y mirando a Miles, le soltó de pronto.

—Tenemos a tu hija aquí… ¿Qué dices ahora, fanfarrón?

Capítulo V


INTIÓ como si las fuerzas huyesen de su cuerpo. ¿Las fuerzas solo? No, la vida entera escapó de sus venas, y de haber estado en pie, se habría caído, ya entre sus piernas, que ahora temblaban hasta tal punto que sus rodillas entrechocaban, no hubiesen podido sostenerle.

Se sintió enfermo, desdichado, tan poca cosa que una oleada de desprecio de sí mismo le recorrió el cuerpo al tiempo que su rostro adquiría un tono cerúleo.

¡Cyntia!

¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta desde el principio del sucio juego que se llevaban aquellos canallas?

Había bajado la cabeza, avergonzado y vencido.

Y no se atrevía a levantarla,

—¿Qué dices ahora, viejo estúpido?

Ya no podían hacerle daño las crueles palabras de aquel granuja. Ya no podía dañarle nada.

Y como si viniese de muy lejos, escuchó lo que Stark le decía, lenta, lentísimamente, como una lección que hubiera de aprenderse de memoria, sin fallos de ninguna clase.

—Abrirás la compuerta superior del vagón a una hora que luego te diremos. Lo harás si es que deseas que a tu hija no le suceda nada

malo.

—¡No lo haré!

—¡Claro que lo harás!

Levantó el rostro, haciendo esfuerzos por evitarlas lágrimas, que pugnaban por salir de sus ojos.

—¡No puedo traicionar a la SIP!

—¡Al diablo la SIP y al diablo Donald Callowan! Es tu hija la que está en el juego…

—¡No os atreveréis a hacerla nada!

Y Stark, sonriente y amable, manifestó:

—No, no le haré nada; no podría.

Miles le miró, con asombro.

—No… com… pren… de —balbució.

—Es muy fácil —replicó el otro—. Yo, con franqueza, a pesar de todo, sería incapaz de hacer el menor daño a una muchacha tan… encantadora como tu hija; pero un hombre como yo, dedicado a asuntos en los que, como en éste, por ejemplo, necesito jugar con ciertas circunstancias, debo estar organizado. Y así lo estoy.

»Y como personalmente no podría llevar mis amenazas a la práctica, ya que no me considero capaz de violencias, tengo todos los elementos necesarios para demostrarte que no hablo en broma.

Se dirigió a Smith, ordenándole:

—¡Llama a Jess!

El gordo salió, volviendo un poco más tarde completamente solo. Pero Frank no pareció extrañarse.

Y con la misma sonrisa, cargada de crueldad, preguntó:

—¿Está preparado?

—Sí —repuso el otro.

Entonteces, Stark se volvió hacia Miles que, con la cabeza agachada, parecía hundido en amargas reflexiones:

—Asómate a esa ventana —dijo, señalando hacia el fondo del despacho.

Hall se levantó, yendo mansamente hacia donde le ordenaban. Stark le acompañó y Smith hizo lo mismo, marchando un poco retrasado, con la mano ostensiblemente metida en el bolsillo, empuñando el arma.

Miles llegó junto a la ventana, viendo que comunicaba con una habitación, situada más abajo, y en la que acababa de entrar un hombre delgado y con los ojos brillantes.

—Ése es Jess —dijo Stark—. Fíjate en cómo le tiemblan las

manos. ¿Te das cuenta?

Miles asintió:

—Sí.

—Jess lleva unas horas sin droga y su excitación es horrible. ¡Daría cualquier cosa por un poco de heroína! ¡Cualquier cosa! ¿Entiendes? Y haría lo que fuese por lograrlo…

Miles no dijo nada.

La vista de aquel desgraciado le sumía, al mismo tiempo, en un estado de conmiseración y terror: lo primero por lo que ya conocía, por lo que había visto, de aquellos casos, cuando era un joven agente de la SIP, en la lucha contra los traficantes de drogas; de terror, porque comprendía que aquel desdichado era una máquina ciega de destrucción y crueldad.

En la habitación había una mesa con una enorme, jeringuilla y un frasco de cristal.

Miles había apretado un botón, descubriendo, junto a la pared donde se hallaba, al lado de la ventana, un espacio donde eran visibles un micrófono y un altavoz.

Y acercándose al primero, preguntó:

—¿Quieres un poco de droga, Jess?

La voz de Breder tenía de lamento y de rugido, al mismo tiempo:

—¡Sí, jefe! —Y había levantado el rostro hacia la ventana por la que podía ver a Stark y a Miles—. ¿Por qué me hace sufrir de este modo? ¿No le he obedecido en todo? ¿O es que quiere que me vuelva loco?

—No, muchacho —dijo Frank, con un falso tono dulce en la voz —. Tendrás tu droga, ya sabes que soy incapaz de privarte de ella y que muchas veces, cuando no la has encontrado, me he preocupado yo de proporcionártela…

—¿Entonces?

—Es que deseaba mostrar a un amigo mío lo que eres capaz de hacer cuando te encuentras en ese estado.

—¡Mándeme! ¡Haré lo que sea! ¡Pero no me haga sufrir más, jefe!

—¿Ves esa jeringuilla sobre la mesa?

—Sí.

—Cárgala, pero con cuidado, con lo que contiene el frasco. Que no te caiga ninguna gota encima, ya que es un ácido muy fuerte.

Acercóse el otro a la mesa. Y con sus manos, que temblaban cada vez más, se apoderó de la jeringuilla, introduciendo el extremo

en el frasco, que estaba abierto.

A través del altavoz, Miles oyó el sonido que producía el vidrio al entrechocar.

Y se estremeció.

Porque comprendía que cualquier error podría hacer que el ácido cayese sobre las manos de aquel desdichado.

Pero Jess, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, consiguió cargar la jeringuilla. Y volviéndose hacia la ventana, levantando la cabeza, pidió instrucciones.

—¡Mira quién entra en la habitación!

La puerta se había abierto y Miles vio al hombre que hizo de chófer al traerle a aquella casa, echar un gato negro en la estancia.

—¡Tienes que regarle con el ácido, Jess! ¡Si lo haces bien, tendrás la droga enseguida!

Miles se clavó las uñas en las palmas de las manos, al cerrar espasmódicamente los puños.

—¡No! —exclamó—. ¡No hagáis eso!

Pero ya era demasiado tarde.

Jess había lanzado el primer chorro, y el animal dio un salto formidable, al tiempo que lanzaba un maullido estremecedor.

Hall, con los ojos desorbitados, se separó de la ventana.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamó horrorizado.

Stark sonrió.

Y acercándose al micrófono ordenó:

—Déjalo ya, Jess. Y di a Abe que te de lo que necesitas.

—Gracias, jefe… Yo…

Pero Frank había cortado ya la comunicación. Se volvió al prisionero y le dijo:

—¿Te has dado cuenta, estúpido? Es fácil imaginar en el lugar del gato a…

—¡No, no lo diga!

—¡Señor!

—¡No lo diga… señor!

—Bien. Ahora vamos a dejarte en libertad. Irás donde quieras y harás lo que te plazca, incluso puedes prevenir a tu jefe, Callowan. Pero piensa en lo que has visto.

—No avisaré a nadie.

—Allá tú. Yuen te llevará a la ciudad en el coche y te devolverá tu pistola. Recuerda que el sábado, a la hora que va escrita en este papel —y le tendió una hojita—, tendrás que abrir la trampilla

superior de tu vagón.

—Así lo haré.

—Será mejor para ti. Porque si avisas a la SIP y vienen aquí, cosa fácil, estamos dispuestos a morir matando, naturalmente. Pero antes, tu hija pasará un mal cuarto de hora en las manos de Jess.

—¡No diga eso! ¡No lo diga…, señor!

—Todo depende de tu conducta,

—Haré lo que me manden.

—¡Smith!

—¡Jefe!

—Lleva a este tipo abajo. Que Abe le conduzca a la ciudad y que una vez allí, le entregue su pistola.

—Bien, jefe.

Miles Hall habló entonces solicitando con voz débil.

—¿No podría verla, señor?

—¿Eh? —Luego, sonriendo—. Naturalmente. Tienes razón. Podrías pensar que lo de la muchacha era un truco. Smith, hazla pasar a la habitación de abajo.

Momentos después, apenas asomado a la ventana por la que había asistido a la horripilante escena del gato y el toxicómano, Miles pudo ver a la deliciosa muchacha en que se había convertido aquella chica que él dejó, hacía tantísimo tiempo, en el «American College» de Stone City.

Y al pensar, por sencilla asociación de ideas, en lo que acababa de ver en aquella misma estancia, se estremeció, dispuesto a hacer lo que fuese para evitar que nada malo le ocurriese a Cyntia.

—¡Hija mía! —exclamó con voz ahogada.

Y volviéndose, hacia los otros, dijo:

—¡Vamos! ¡No podría estar aquí ni un momento más!

* * *

Pat despidió el taxi en las cercanías del College; después, mirando con emoción el edificio, avanzó hacía la entrada, encendiendo un cigarrillo para calmar un poco sus nervios.

No había podido olvidar a la muchacha.

Sabía que era casi imposible que ella le hiciese caso; pero, aun sabiéndose derrotado por anticipado, no pudo evitar el ansia que le empujaba a verla de nuevo.

Al subir la escalinata de mármol que conducía al vestíbulo, la

idea de la diferencia que existía entre él y la joven estuvo a, punto de hacer que desistiese de la visita que iba a hacer; pero, venciéndose con esfuerzo, continuó su camino, penetrando en el «hall» y dirigiéndose hacia la mesita de la encargada de recepción, que le sonrió amablemente.

—¿Qué desea, señor?

—¿Podría ver a la señorita Cyntia Hall? —inquirió él a su vez.

—Sí —repuso la joven—. Un momento, voy a consultar la ficha.

Tiró hacia sí de un cajón basculante, y sus dedos corrieron sobre las cartulinas, hasta detenerse en una de ellas.

Hizo un gesto.

—Lo lamento —dijo, mirando al joven—. La señorita Hall salió esta mañana, reclamada por su padre, que, al parecer había sufrido un accidente sin importancia, y que se encontraba en una clínica de West Kartier.

—¿El señor Hall se ha accidentado?

—Eso pone aquí. ¿Le conoce usted?

—Sí. Viaja conmigo en el «heliexpreso», del que es vigilante de valores.

—Pues eso dijo la señorita al pedir permiso a la directora. Y ésta lo pasó a su ficha.

—Debe de haber sucedido después de despedirnos en la cantina.

Estaba desilusionado; pero, deseando que lo de Miles no fuese nada, se alegraba, en cierto modo, ya que podía ir a visitarle y, al mismo tiempo, ver a Cyntia.

—¿Conoce la dirección de esa clínica, señorita?

—No. Sólo sé lo que han escrito aquí: que está en West Kartier.

—Muchas gracias.

Un taxi le condujo, al barrio residencial, pero en ninguna de las clínicas que visitó tenían noticia de Miles.

Cansado, se dirigió al albergue de la estación, donde residía, como todos los solteros de la Compañía. Después, cansado de estar ante el televisor, cuyo programa siguió con una mirada distraída y ausente, se decidió a bajar a la cantina para tomar algo.

Justamente, al penetrar en la cantina tropezó con el gigantesco Walter.

—¡Eh! ¿Es que estás ciego, muchacho?

—Perdona, Woodard.

—¡Vaya cara que pones! ¿Has tenido alguna desilusión amorosa, chico? —Y como el otro no contestase, continuó:

—¡No hagas caso a las mujeres! Te lo digo yo, qué he estado casado dos veces y que puedo hablar con experiencia de ese asunto. ¿Tomamos algo?

—Lo que quieras.

Se acercaron al mostrador y durante un buen rato charlaron de cosas sin importancia. La llegada de algunos amigos, de Woodard hizo que Pat se sintiese extraño. Y aludiendo a una ocupación ficticia, consiguió salir de la cantina, sintiéndose perdido, desesperanzado, sin saber por qué.

No había dicho nada de lo de Miles a Woodard, y ahora lo sentía.

Y fue entonces, al pasar por el salón del edificio de la Compañía, destinado por completo a los empleados, cuando vio a Miles, sentado en una de las mesas del fondo, con una botella ante él y la mirada perdida en una meditación inexplicable.

Una alegría enorme se apoderó del joven, que avanzó rápidamente hacia el lugar donde se encontraba el viejo agente de la SIP.

Y una vez ante él, radiante, exclamó:

—¡Cuánto me alegro de que se encuentre usted bien, señor Hall! —exclamó.

El otro levantó la cabeza, con el ceño fruncido, mirando al joven.

—¡Hola, Pat! ¿Qué decías?

—Que me alegraba de que lo del accidente no fuese nada. ¿Qué le ocurrió, señor?

Algo previno al otro de que Barton estaba pisando un terreno peligroso. Y con un gesto, acompañado de un esbozo de sonrisa, invitó:

—Toma asiento, muchacho.

Y después, siguiéndole el juego, preguntó:

—¿Cómo lo supiste?

Pat enrojeció; pero dominándose repuso:

—Verá usted, señor Hall. Fui a ver a su hija, a la señorita Cyntia, al colegio. Le había prometido visitarla, y creí que hoy era el momento más oportuno.

—¿La viste? —inquirió el otro, sintiendo que los latidos de su corazón se aminoraban.

Pat preguntó:

—¿Cómo podía verla si estaba con usted, en esa clínica de West

Kartier?

—Es verdad. ¿Qué fue exactamente lo que te dijeron en el colegio?

—Que se había presentado un señor comunicando que había sufrido usted un accidente, afortunadamente, por lo que veo, sin importancia. Me dijeron también que la señorita Cyntia había dicho, antes de irse, que se encontraba usted en una clínica de West Kartier, pero por más que la busqué no conseguí encontrarla.

—Es natural. Se trataba de la clínica de un amigo mío que, en realidad, no recibe muchos enfermos.

—Lo comprendo. Entonces, ¿ha vuelto su hija al colegio?

Miles se estremeció, pero logró disimular, y aunque no fue más que un gesto, consiguió que una sonrisa asomase a sus labios.

—No. Ha ido a realizar no sé qué visitas, que le exigen para el ejercicio final de sus estudios, Volverá dentro de un par de semanas.

—¡Ah!

Hall miraba a aquel joven, sabiendo que estaba positivamente interesado por Cyntia. Y, al mismo tiempo que experimentaba el legítimo orgullo de padre, al conocer al sincero admirador de su hija, Pat le era simpático y sabía que era un joven honrado, trabajador y que hubiera hecho feliz a Cyntia.

¡Si hubiera podido decirle la verdad!

Estaba seguro de que el joven hubiese reaccionado positivamente, poniéndose por completo a su disposición, dispuesto a ayudarle en lo que fuera y como fuese.

Pero Miles, aun perdidas todas las ilusiones, sabiéndose un viejo inútil, muy por debajo de la misión que la amabilidad de Callowan le había proporcionado, recordaba, no obstante, lo suficiente de su viejo oficio para saber que la menor indiscreción no redundaría en beneficio de Cyntia,

No, tenía que guardar silencio.

Estaba atado, amordazado por algo que, desde el principio del mundo, había constituido una de las armas más poderosas que los criminales habían poseído: el secuestro.

—Lamento no poder saludarla, señor Hall.

Miles sonrió tristemente.

—Ya la verás, muchacho. En cuanto todo esto se acabe, podrás verla… con entera libertad.

—¿De veras que me autoriza, señor?

—¿Por qué no iba a hacerlo? Ya te digo que, en cuanto esto

termine, podrás verla.

«¿En cuánto esto termine?» —< se preguntó el joven—. «¿Qué es lo que debe terminar, Dios mío?».

Y, aunque al ver la expresión angustiosa pintada en el rostro de Miles, comprendió que se trataba de algo grave, no se atrevió a preguntar nada.

Estaba demasiado contento con el permiso que Hall acababa de darle.

¿Podía pedir algo más?

Capítulo VI


—UÉ demonios te pasa, Miles? Parece que tienes cara de entierro.

Hall sonrió.

Luego miró a Woodard.

—¡Dichoso tú! —exclamó—. Tienes un carácter envidiable.

Walter se encogió de hombros.

Después dijo:

—¡Te apuesto cualquier cosa a que sé lo que te ocurre!

—¿De verdad?

Woodard señaló la puerta de rejas del vagón.

—¿A qué es eso?

Miles no pudo evitar un estremecimiento.

—Es posible —dijo con un hilo de voz.

—¿Lo ves? ¡Demonio de Miles! No puedes evitar por mucho que hagas, que tu oficio te envenene la sangre. ¿Cuántas veces te voy a tener que decir que ese dinero llegará a Hursonville como siempre ha llegado: intacto? ¡No temas nada, amigo mío! Te dije que Callowan te había proporcionado un «enchufe» estupendo y no me equivoqué. ¡Puedes echarte a dormir y roncar con toda tranquilidad! Nadie vendrá a molestarte.

—Tienes razón, pero no puedo evitarlo. ¿Qué hora es?

—Llevamos diez minutos de camino.

—¿Y Pat?

—En la locomotora. Es ya lo bastante mayorcito como para entendérselas solo con ella.

—Lo sé. Es un muchacho muy serio.

Woodard guiñó un ojo.

—¡Ten cuidado, Miles, con ese chico serio!

—¿Por qué había de tenerlo?

—Porque me parece que ronda alrededor de tu pequeña…

Una triste sonrisa entreabrió los labios de Hall.

—Lo sé —dijo, después de una corta pausa.

—¿Y te gusta el asunto?

—No me disgusta, aunque, como comprenderás, todo depende de ella: no soy de los padres que imponen el novio a sus hijas.

—Haces bien.

Y tirando el cigarrillo que tenía entre los dedos, dijo:

—Voy a ver si todo va bien.

—De acuerdo.

Miles le vio desaparecer por el tubo de comunicación que unía el vagón blindado a la locomotora.

Miró a su alrededor.

Todo había sido concebido para evitar desagradables sorpresas en aquel magnífico vagón. Y, sin embargo, unos hombres sin entrañas estaban dispuestos a apoderarse del dinero que contenían las esferas, al otro lado de los barrotes de la puerta.

Se había devanado los sesos, en aquellas horas que precedieron al viaje fatal, intentando adivinar de qué medios se servirían los bandidos para llegar al techo del vagón.

Recordando lo que había hablado con Woodard, Miles no llegaba a comprender la seguridad que había notado en la expresión de aquel canalla, que se hacía llamar Stark y que era el jefe de la banda.

¿Cómo se las arreglarían?

La zona que atravesaba el heliexpreso tenía un «techo» no muy alto, en el que se producía un vacío capaz de dar en tierra con cuantos aparatos voladores se atreviesen a surcar aquella estrecha franja de aire.

Pero no era aquello lo más importante, ya que algunos helicópteros podían volar por allí, sino la terrible velocidad del

tren, más de mil kilómetros por hora, lo que hacía imposible un aterrizaje sobre el vagón.

Por otra parte, había que descartar la posibilidad de que alguien, procedente de los otros vagones, se atreviese a abandonarlo, subiendo al techo con el propósito de avanzar, de unidad en unidad, como hacían los antiguos vagabundos.

La vertiginosa corriente de aire provocada por la endiablada velocidad del convoy, lo arrancaría del techo del tren, despidiéndolo fuera, lanzándolo lejos…, donde una muerte segura le esperaba al caer en la tierra formada por arenas movedizas.

Era inútil seguir pensando.

Porque no podía, en modo alguno, encontrar la manera que los bandidos iban a utilizar y deseaba que se produjese un milagro y todos ellos muriesen, dejando a Cyntia en aquella horrible casa donde él iría a liberarla.

¿Comunicar el asunto a la Spacial International Police?

Había estado tentado mil veces, durante el tiempo que precedió al viaje, de ponerse en comunicación con Donald Callowan, explicándole lo que ocurría.

Pero no se había atrevido.

La imagen de su hija, del gato, del toxicómano y de la jeringuilla cargada de ácido le habían perseguido, día y noche, como una horrible obsesión, como una alucinación implacable.

«Soy un pobre viejo…, un estúpido que pudo llegar a creer que podía repetir las hazañas de otros tiempos. ¿Te das cuenta de que vas a traicionar al Servicio, hundiéndote para siempre en la deshonra más horrible que un hombre pueda concebir?

Inclinó la cabeza sobre el pecho.

Aquellos granujas tenían razón.

Estaba terminado, acabado, vacío como un fruto maduro y casi podrido. Liquidado.

* * *

Todos estaban preparados.

Frank, con un cigarrillo en los labios, parecía un poco nervioso; pero podía permitirse aquella agitación, ya que estaba preparando el golpe más audaz de todos los tiempos.

Como siempre, Smith era el más tranquilo y masticaba su goma de mascar sentado tranquilamente en una butaca.

Yuen limpiaba a conciencia su metralleta, Y Jess, que había recibido una doble dosis de heroína para que sus nervios no fallasen en algún momento, sonreía, feliz, mirando al jefe.

Estaba amaneciendo.

—Vamos a irnos al terreno —dijo Stark, rompiendo el silencio que reinaba en la estancia. Debemos salir pronto para encontrarnos sobre el punto de contacto en el momento preciso.

—¿Y la chica? —inquirió Smith, deteniéndose de mascar.

Frank miró a Yuen:

—¿Te has ocupado de ella? —preguntó:

Abe levantó la mirada de su arma, que brillaba como la plata.

—Sí. Le he dejado desayuno y comida, en frío. Agua y unas botellas de cerveza.

—¿La puerta?

—Cerrada.

—¿Las ventanas?

—Cerradas desde fuera.

—Bien. Aunque grite o de golpes, nadie la oirá. ¡Monta tu cacharro, Abe, tenemos que irnos!

—En seguida, jefe.

Se dejó oír el sonido metálico de las partes de la metralleta Que encajaban perfectamente engrasadas.

Después, los cuatro hombres abandonaron la casa y el jefe cerró con candado la puerta de entrada y la del jardín.

El coche estaba a cien metros, en el camino principal.

Frank cogió el volante, conduciendo sin prisa, como si tratase de dar un paseo por el bosque.

Estaba contento.

Había jugado bien, con precisión, apoderándose de los ases de la partida, y no podía fallar nada.

Abandonando West Kartier, el vehículo se alejó aún más de la ciudad, deteniéndose, diez minutos más tarde, ante un terreno en el que se levantaba un hangar.

Bajaron del coche.

Stark abrió la puerta del almacén, pudiéndose ver entonces un helicóptero de tamaño mediano, capaz para cuatro pasajeros y carga. Era un vehículo de tipo corriente, un «Sirkoski» plurirreactor, con su larga cola azul y su aspecto de libélula gigantesca.

Pero, fijándose con mayor detalle, podía observarse, en su parte inferior, surgiendo del fuselaje reforzado, dos especies de patas, que

ahora no llegaban al suelo y que terminaban en dos cilindros que no eran más que unas gigantescas ventosas, funcionando al ritmo del motor neumático de que estaba dotado el aparato.

También había otro extraño detalle: un tubo de más de un metro de diámetro, que emergía apenas, de la parte posterior del fuselaje, justo bajo la cabina.

Frank contempló con orgullo aquel aparato, cuya realización total le había costado dos largos años de estudios, desde el momento que había tenido la idea de asaltar el heliexpreso.

Avanzó y subió a la cabina, acariciando los mandos con una sonrisa de satisfacción.

Luego puso el motor en marcha.

El aparato salió suavemente del hangar, deteniéndose doce metros más allá. Desde la cabina, Stark hizo un gesto a los otros, conminándolos a subir.

Y momentos más tarde, con un movimiento grácil, utilizando solamente los rotores corrientes, el helicóptero se elevó unos doscientos metros, alejándose luego rápidamente hacia el norte.

Frank se desvió para evitar la ciudad, dirigiéndose después al encuentro de la línea férrea. Poco después, bajo el aparato, brillaba él monocarril, como una raya plateada sobre el suelo gris.

Miró el altímetro.

Sabía que estaba a punto de penetrar en la zona peligrosa, con la depresión a setenta metros de altura: aquel techo mortalmente peligroso. Por eso, manejando el aparato con una habilidad extraordinaria, le hizo perder altura, hasta inmovilizarlo, a cuarenta metros del suelo.

Siguió la vía,

Pero no podía dejar de mirar al cuentakilómetros, sabiendo que debería detenerse dentro de una hora y permanecer en el aire hasta que el momento de actuar llegase.

Una vez sobre el sitio elegido, Frank colocó el aparato en posición, haciendo que el juego de los rotores lo inmovilizasen por completo. Situado con la proa en la dirección que el heliexpreso debía seguir, el aparato se encontraba a una treintena de metros, un poco a la derecha del monocarril, de modo a evitar, cuando llegase el tren, la corriente perturbadora que sus tremendas palas estabilizadoras producirían.

Consultó el reloj.

A partir de aquel momento, como hasta entonces, era de él de

quien dependía el éxito de la empresa.

El tiempo pasó con una lentitud desesperante para todos.

Detrás de él, cosa que podía ver por el espejo retrovisor de cada lado, los otros permanecían tensos, a excepción de Smith, que, como de costumbre, demostraba una tranquilidad completa, ya que había sacado una baraja y estaba haciendo un solitario sobre el amplio asiento del helicóptero.

Abe fumaba sin cesar y Jess mordisqueaba una barra de regaliz.

Las agujas del reloj fueron adelantando y pasaron las doce, acercándose a la una.

Stark, nervioso, como nunca, colocó el radar en posición, no tardando en ver la línea luminosa del heliexpreso que se acercaba a una velocidad de vértigo.

«Todo depende ahora de los cálculos —se dijo, mordiéndose los labios—. Todo depende de este minúsculo cerebro electrónico… De nada sirve ya el tuyo, tu flamante cerebro humano, Stark…».

Y así era, en efecto.

Conectando el radar al minúsculo cerebro electrónico, Frank puso en marcha el mecanismo que, automáticamente, en el momento preciso, iba a hacer posible el sueño dorado de aquellos dos años.

¿Funcionaría?

Lo había probado cientos de veces, repitiendo hasta la saciedad, experiencia tras experiencia, en aquel terreno que rodeaba al hangar, situado en un lugar secreto, fuera de las curiosas miradas de la gente. Y ninguno de los ensayos había fallado.

¿Por qué iba a fallar ahora?

Se volvió hacia los otros, mirándolos por primera vez con la simpatía que emanaba de la emoción que sentía:

—Muchachos, ya no podemos hacer nada. Este aparatito será quien haga, todo lo que falta.

—Excepto abrir las cajas y la verja —rio Smith.

Pero Stark no le hizo caso.

Su mirada no se separaba del dial del cerebro electrónico. En la pantalla del radar la línea luminosa crecía a una velocidad espantosa.

Y el cerebro funcionó.

En el momento preciso, cuando las coordenadas del radar dieron la medida exacta, ocho cohetes, que el helicóptero llevaba en su vientre metálico, estallaron a un tiempo, cuajado las astas de los

rotores se plegaban, evitando ser destrozadas en una centésima de segundo.

Convertido en una especie de bólido, el helicóptero fue lanzado, matemáticamente, a mil trescientos kilómetros por hora, siguiendo una línea tangencial que le conducía exactamente sobre el techo del vagón blindado.

El choque debía haber destrozado el minúsculo vehículo, ya que su velocidad superaba en trescientos kilómetros por hora la de los mil del heliexpreso. Pero, en el justo momento en que el contacto entre los dos vehículos se realizó, los pies con ventosas del helicóptero surgieron, lanzados por una potente fuerza neumática, pegándose súbitamente al techo del vagón y acortándose, lo más posible, de forma que el aparato volador formase cuerpo con el tren, de manera a impedir la ruptura de las leyes de aerodinámica, tan importantes a las velocidades que reinaban para ambos.

Todo ocurrió con una precisión matemática.

Y cuando Frank se volvió hacia los otros, que esta vez habían producido ligeramente, una sonrisa de triunfo ornaba sus labios.

—¡Lo hemos logrado! ¡Lo hemos logrado! —exclamó.

Para él, personalmente, significaba el triunfo rotundo, el resultado positivo y magnifico de aquellos dos largos años de estudio y preparación.

—¿Y ahora? —inquirió Yuen.

—¡A trabajar!

Pulsó un nuevo botón, haciendo que el conducto de goma descendiese, pegando su borde, que poseía una ventosa sobre el lugar donde, en aquel momento, se abría, hacia adentro, la escotilla que iba a poner en comunicación el vagón con el helicóptero.

De aquella manera, sirviéndose del pasadizo de goma, podrían ir del aparato al vagón sin exponerse a que el aire, a aquella velocidad espantosa, les arrancase, lanzándolos fuera, a las horribles marismas que bordeaban el monocarril.

—¡Adelante! —ordenó Stark—. ¡Y daos prisa!

Las misiones habían sido fijadas con matemática precisión y Yuen, con su metralleta en la mano, fue el primero en salir, dejándose caer por aquel tubo de goma, no sin una cierta aprensión.

Penetró como una tromba en el vagón, flexionando las piernas para evitar el golpe.

Allí estaba Hall.

El viejo agente miraba al bandido, con un gesto de

desesperación que demostraba todo lo que estaba sufriendo desde que salió de la falsa clínica de West Kartier.

Abe se separó de debajo del tubo para dejar que Jess cayese a su vez, casi inmediatamente seguido por Smith, que esperó, al lado de la abertura, a que el jefe le lanzase los paquetes que contenían los explosivos y las herramientas de su trabajo.

También miró, como Jess, a Miles. Pero no le hizo el menor caso.

Una vez los paquetes a su lado, se hizo ayudar por el toxicómano, llevándolo todo junto a la puerta de barrotes y poniéndose a trabajar inmediatamente.

Con la metralleta en la mano, Abe apuntaba al viejo agente de la SIP.

Y sin volverse, preguntó:

—¿Vas a tardar mucho en abrir esa condenada puerta, Smith?

El gordo se encogió de hombros.

—¿Ya empiezas a preocuparte, «valiente»?

—¡Cállate y trabaja! ¡Ya sabes que tenemos el tiempo contado!

Smith sonrió.

Estaba en su centro, dedicado al trabajo que más le gustaba, ya que el manejo de los explosivos constituía una especie de segunda naturaleza para él.

Después de estudiar la estructura de los barrotes y de la cerradura, colocó las cargas de «plastik», adhiriéndolas con cinta aislante. Había calculado la cantidad necesaria, con una precisión matemática.

Ató las conexiones y se volvió, ordenando:

—¡Ocultarse! ¡Esto va a estallar!

Abe hizo un gesto a Miles para que se moviese hacia el fondo, cosa que también hizo él, poniéndose fuera del camino que iba a abrir la explosión.

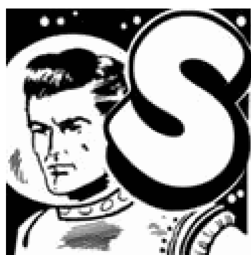
Jess les había imitado.

Entre tanto, Smith, después de repasarlo todo y echando una rápida mirada al reloj, corrió hacia el fondo, junto a la puerta que comunicaba con la locomotora, y que estaba entreabierta, quedándose allí, con el propulsor electrónico en la mano.

—¡Allá va! —Lanzó, con una sonrisa divertida en el rostro.

¡BOUM!

Capítulo VII



EPARANDO los ojos de los aparatos de control, Pat se volvió hacia Walter.

—¿No ha oído usted una especie de explosión, señor?

—¿Una explosión? No.

—Pues yo sí —y señalando el tubo de comunicación—. Ha llegado por ahí.

Woodard sonrió:

—Te preocupas mucho por tu futuro suegro, ¿eh, Barton?

El otro enrojeció.

—No es eso, señor.

Woodard preguntó:

—¿Entonces?

—Estoy muy extrañado de las cosas que pasaron en la ciudad.

—No me has contado nada, muchacho. ¿Es que has perdido la confianza en mí?

—No, señor Woodard; pero la verdad es que yo tampoco lo entendía.

Y le contó todo.

Walter frunció el entrecejo.

—Sí que es extraño. Miles no parecía haber sufrido accidente alguno; además, si le hubiera ocurrido algo, lo hubiésemos Sabido,

ya que no entienda por qué no nos lo habría contado.

—No lo sé.

Woodard se rascó el mentón.

—Este pobre Miles no debía de haber aceptado el puesto que le ofreció Callowan. Comprendo que es un sitio seguro y que el jefe de la SIP lo hizo para tranquilizar la conciencia de Hall y hacerle creer que seguía en el servicio activo, a sus órdenes, encuadrado en la Spacial International Police; pero, de todos modos, Miles no puede ya estar a la altura de antes.

Pat preguntó:

—¿Teme usted algo, señor?

—Nada grave. Sólo temo que Miles se trastorne, viendo fantasmas donde no los hay.

—Es un hombre muy bueno.

—Sí, pero tuvo mala suerte en la vida y ahora hace lo imposible por pagar una deuda que, en realidad, no ha contraído jamás. ¡Se preocupa demasiado! ¿No recuerdas cuando quería conocer exactamente las posibilidades, inexistentes, de que el heliexpreso fuese asaltado?

¡BOUM! ¡BOUM!

Se miraron con gesto interrogativo.

Y Pat, sin poderlo evitar, preguntó:

—¿Inexistentes… señor?

—¡Vamos! —exclamó Woodard, por toda respuesta.

Pero el joven se le había adelantado.

Dejándose caer por el tubo de intercomunicación, Pat llegó junto a la puerta metálica, tirando de ella con fuerza.

Y abrió los ojos, estupefacto ante la escena que tenía ante él.

Al mismo tiempo y cuando el cuerpo de Walter le empujaba por detrás, queriendo salir, a su vez, Abe se volvió, atraído por el ruido que había hecho la puerta al abrirse.

Apretó el gatillo.

¡Tac-ta-ta…!

Pat recibió la ráfaga en pleno vientre.

La reacción de Miles fue inmediata.

Hasta entonces, apesadumbrado por su traición, estaba como aislado, sin ver a los bandidos, como si se encontrase a mil millas de allí.

Pero al ver aparecer a Barton, al comprender que el joven había oído las explosiones provocadas por Smith y que, acudía, como

siempre había imaginado, en sil ayuda, al ver que Abe disparaba a sangre fría, sin piedad, contra el joven que al salir del tubo neumático estaba en una posición forzada, sin libertad de movimientos, saltó como una fiera sobre el bandido.

—¡Asesino!

Parecía que sus fuerzas se habían centuplicado y Abe no pudo soportar el golpe, cuando el viejo agente cayó sobre él, desplomándose con el otro encima.

—¡A mí, Jess! —aulló Yuen.

El toxicómano había sacado uno de los dos cuchillos que llevaba y se abalanzó hacia el montón que formaban los dos hombres; pero, en aquel instante, un ruido a su espalda le hizo volverse, como si todo su cuerpo se hubiera convertido en un resorte potente.

Woodard, que se había salvado de la ráfaga gracias al cuerpo de Pat, que le cubrió, yendo delante de él, intentaba ahora tirar de Pat hacia atrás, para llevárselo hacia la máquina.

Jess lanzó su cuchillo.

La hoja se clavó hasta la empuñadura en el hombro Izquierdo de Walter, que lanzó un grito de dolor y de rabia,

—¡Maldito!

Se había dado cuenta, al mismo tiempo, de que nada podía hacer por su joven ayudante, que estaba ya en medio de un charco impresionante de sangre. Así, pensando en la seguridad de su tren, retrocedió, acertando a cerrar la puerta, desde dentro, cuando Jess, con otro cuchillo en la mano, se lanzaba sobre él.

El toxicómano golpeó con rabia la puerta, percatándose de que no podía hacer nada por abrirla.

Estaba loco de furor.

Se volvió, acercándose a los dos hombres que luchaban.

Miles, rejuvenecido, había conseguido situarse sobre el otro, cuya metralleta yacía lejos de ambos.

Con una sonrisa demoníaca Jess se aproximó a Hall por la espalda. Y con el visible placer que apareció en sus degenerados rasgos apretó sus nervudas manos alrededor del cuello del agente de la SIP.

Apretó.

Estaba seguro, por la experiencia que tenía, de que nadie lograría escapar de la presa de sus dedos cuando éstos se ceñían alrededor de una garganta humana.

Y así ocurrió.

Asfixiado, Miles intentó, soltando al otro, escapar a la horrible presa que le ahogaba, pero los sabios dedos de Jess habían encontrado entre los músculos del cuello de su víctima los centros vitales, los nódulos carotideos, haciendo imposible toda esperanza de salvación.

Momentos después, cuando soltó sus manos, Miles se desplomó a sus pies, como un muñeco truncado: muerto.

Smith no interrumpió su trabajo en ningún momento, a pesar de la lucha sostenida por sus compañeros.

Ahora las explosiones se sucedían, abriéndose las esferas como frutos maduros. Y los billetes formaban ya una alfombra bajo los pies del gordo, que seguía colocando cargas y oprimiendo su aparato electrónico.

Abe se levantó, recuperando su metralleta, y miró hacia el interior de la caja blindada.

Sus ojos se abrieron.

También Jess miraba, como hipnotizado, el montón de billetes que cubría el suelo. Y Smith, que se volvió en aquel momento, gritó, colérico, furioso;

—¿Qué hacéis ahí, plantados cómo dos idiotas? ¡Id metiendo el dinero en las bolsas y pasádselo al jefe!

Obedecieron sin rechistar.

* * *

Arrastrándose penosamente por el interior del tubo de intercomunicación, Woodard llegó hasta la locomotora, sintiendo Que sus fuerzas le abandonaban.

¡Habían asaltado el heliexpreso!

Le parecía algo imposible y de no haberle visto no lo hubiera creído nunca.

¿Qué podía hacer?

«Antes que nada —pensó—. T, debo arrancarme este maldito cuchillo.

Y lo hizo.

Cerrando los ojos y mordiéndose los labios, después de coger en su mano el mango rizado del arma, tiró bruscamente, sintiendo que la vida se le iba a chorros.

Pero, instantes después, se sintió un poco mejor, a pesar de que el dolor era intolerable.

Poco podría resistir.

De todos modos agarrándose a los salientes de la cabina, consiguió incorporarse, avanzando después hasta la parte posterior, teniendo que subir, como pudo, los escalones que le separaban de la plataforma donde estaba situado el ojo de buey desde donde podía ver la totalidad del convoy.

Cuando estuvo allí arriba, pálido como la muerte, echó una ojeada, viendo entonces el extraño helicóptero y comprendiendo, a medias, cómo los bandidos habían conseguido llevar a efecto su audaz plan.

No veía a nadie en el aparato, pero tampoco podía hacer nada por evitar lo que estaba pasando.

La idea de su responsabilidad se impuso en su mente con una precisión completa. Y sabiendo que de él dependía que las conexiones del tren se soltasen a tiempo, separando el convoy en dos partes, así como también debía ser él quien preparase el frenaje de la máquina y del vagón blindado, descendió, cayendo de bruces sobre el suelo metálico de la cabina.

Las fuerzas se le iban por momentos.

Había dejado ya un doble reguero de sangre que marcaba el camino que había seguido.

Pero sus ojos miraban a los mandos, que jamás le parecieron tan lejos, aunque apenas tres metros le separasen de ellos.

Fue arrastrándose a duras penas.

Finalmente, ya junto al tablero, se izó, a costa de un esfuerzo horrible, sintiendo que las carnes heridas se le desgarraban y que un nuevo chorro de sangre le salía a borbotones del hombro.

Manteniéndose en píe por verdadero milagro, consiguió pulsar los botones, disponiéndolo todo para que el convoy llegase sin novedad a la estación terminal y que ningún pasajero sufriese daño.

Luego, cuando su mano terminó de pulsar el último mando, todo giró a su alrededor a una velocidad vertiginosa.

Y se desplomó sin conocimiento.

* * *

Los sacos iban llegando al helicóptero.

Afanoso, Stark los colocaba en los sitios previstos, consultando la hora sin cesar, contando una y mil veces los escasos minutos que Saltaban para el momento del «despegue».

—¡Aprisa, imbéciles! —gritó por el conducto de goma.

Ya habían cesado las explosiones de abajo y Smith debía haber concluido su trabajo.

¿Qué esperaban entonces?

Pero pronto llegó Jess, ayudándole a coger los sacos que los otros lanzaban sin cesar desde el vagón.

—¿Ha ido todo bien? —inquirió el jefe, sin dejar de trabajar.

—Ha habido un poco de jaleo —repuso Jess.

—¿Jaleo?

—Sí. Uno de los maquinistas asomó la cabeza, pues debió de oír las explosiones. Su compañero le seguía.

—¿Y qué?

—Abe acabó con el primero.

—¿Y el otro?

—Conseguí clavarle un cuchillo, pero logró cerrar la puerta, aunque ha debido desangrarse al otro lado.

—¿Y el viejo?

—Muerto.

—¿Quién lo mató?

—Yo.

Stark se mordió los labios.

Después dijo:

—Bien. Hay que darse prisa, de todos modos.

Los últimos sacos pasaron, apareciendo después la cabeza de Abe, que salió seguido por Smith.

—¿Terminado? —inquirió Frank.

—Sí —repuso el gordo—. Ya podemos largarnos.

Stark fue de nuevo hacia su asiento, poniendo en marcha el dispositivo de «despegue».

Ocho potentes cohetes, después de que Stark separó el tubo y los pies con ventosas del tren, lanzaron al autogiro hacia el aire, frenándolo, al invertirse los cohetes, antes de llegar a la altura fatal de los setenta metros.

¡Todo había salido a pedir de boca!

Se alejó el heliexpreso a una velocidad de vértigo y el helicóptero quedó flotando, mansamente, sobre el monocarril.

—¿Hacia dónde vamos ahora? —inquirió Jess.

—A la ciudad. Cortaremos directamente, antes de llegar. Y estaremos en nuestro hangar, tranquilamente, antes de que las autoridades de Hursonville hayan podido hacer nada.

—¿Y después?

—Partiremos lo que hemos conseguido y nos iremos por separado a la Tierra.

—¿Cuándo podremos salir hacia allá?

—Mañana mismo. No hay astronave de ida hoy.

Todos ellos sonrieron.

¿Qué más podían pedir?

Todo había salido bien, siguiendo el curso previsto. Y ahora, en aquellos sacos se encontraba la fortuna más fabulosa que, aunque repartida, con un cuarenta por ciento para el jefe, podría proporcionarles una vida repleta de todo cuanto podrían desear.

Cuando llegaron al hangar, Frank procedió, ayudado por sus cómplices, a la destrucción del helicóptero, cuyo destrozo le causó una sensación de pena, apenas reprimido.

Una vez desaparecidas las huellas más visibles, el coche les llevó a la falsa clínica, donde, antes que nada, se procedió al reparto de lo robado.

Luego, Abe, con los ojos brillantes, mirando fijamente a Frank, dijo:

—Quiero a la chica, jefe.

Stark se encogió de hombros.

Después, con voz neutra, repuso:

—Puedes Quedártela. Allá tú, pero no olvides que puede comprometerte.

—¡A él y a todos! —Gruñó Jess, con una expresión furiosa en los ojos.

Yuen se volvió hacia él, como una pantera que acabase de descubrir una presencia molesta.

—¿Quién te ha dado vela en este entierro?

—¡Yo! ¿Sabes lo que puede ocurrir con esa chica? Se te escapará de los dedos en cuanto te distraigas y correrá como una loca al primer puesto de Policía para decir todo lo que sabe. ¡Y sabe mucho!

—No sabe nada.

—¡Nos conoce a todos! ¿No te basta?

—¡Déjame tranquilo! ¿No has oído que el jefe me la ha dado? Pues tú no tienes más que cerrar el pico.

—¡No puede ser! —Y mirando a Stark—. ¡Usted no puede permitirlo, jefe! ¡Acabará comprometiéndonos a todos!

Frank sonrió.

—Allá vosotros. Desde luego, a mí no me comprometerá, ya que en cuanto llegue a la Tierra desapareceré por completo.

Se levantó y salió, seguido por Smith.

Abe y Jess se miraron como dos bestias.

—¿Te has dado cuenta, cobarde? —inquirió el primero—. ¡Siempre fuiste un miedoso! Si no fuese por la asquerosa droga que tomas, temblarías todo el día.

—¡Calla!

—¡¡Cobarde!!

Jess se lanzó ciegamente sobre el otro.

Pero Yuen era mucho más fuerte que él. Y le esperó a pie firme, haciéndose a un lado para evitar el primer golpe que el otro le dirigía, lanzando, al mismo tiempo, su derecha hacia adelante como una catapulta.

El golpe estalló sordamente en el rostro de Jess, que salió lanzado hacia atrás, como si acabase de recibir la coz de una mula, desplomándose pesadamente, de espaldas al suelo.

Abe se acercó a él.

Sus ojos lanzaban chispas.

—¡Asquerosa sabandija! —exclamó—. ¡Qué gusto si el jefe me dejase llenarte las tripas de plomo!

Le dio un golpe en la sien con la puntera del zapato. Jess hizo lo posible por evitarlo, moviéndose hacia un lado, al tiempo que una de sus manos buscaba un cuchillo entre sus ropas.

La puntera del zapato del otro le dio en plena boca, arrancándole un alarido de dolor. Luego escupió sangre y algunos dientes.

Había conseguido, no obstante, sacar el cuchillo; pero Abe, más rápido, colocó el pie sobre la muñeca armada, apretando, con todo el peso de su cuerpo sobre ella.

—¡Cobarde! ¡Más que cobarde!

Jess le miraba fijamente.

—¡Alguna vez me pagarás esto, Yuen!

—¡No me das miedo, asqueroso bicho! Pero, de todos modos, no volverás a emplear nunca más esta mano para coger un cuchillo ni para estrangular a nadie…

—¡No!

Fue un grito inútil.

Levantando el otro pie, Yuen hizo que todo el peso de su cuerpo, más el esfuerzo de sus músculos, cayese sobre la muñeca.

Se oyó un chasquido siniestro de huesos rotos.

Jess dejó escapar una especie de silbido ahogado de su garganta. Luego, bruscamente, su cabeza cayó hacia un lado.

Había perdido el conocimiento.

Capítulo VIII



ALLOWAN tamborileó la mesa del despacho, sin dejar de mirar al joven agente.

—¿Lo has entendido todo, Stoner?

—Sí, señor,

—No pueden salir de Marte. Nada más recibí la noticia del robo del tren, comuniqué una orden, directa de Washington, al gobernador de Marte, suspendiendo por dos días los viajes de las Líneas. Además, todos los que se realicen de aquí en adelante se harán desde Pobos, conduciendo a los viajeros naves pequeñas de la Policía marciana, lo que nos permitirá, con la presencia de algunos agentes nuestros, impedir que los asaltantes salgan del planeta.

—Lo comprendo.

—Te los he dejado, pues allá. Mañana por la tarde estarás en Stone City y podrás empezar a trabajar. Los médicos del Servicio de Seguridad de la Policía Marciana están trabajando en los dos cadáveres que encontraron en el vagón blindado.

—¿Y el otro?

—Sigue en el hospital, sin conocimiento. Perdió mucha sangre y tardará algunas semanas en recuperarse.

—Bien.

—No esperes hallar huellas en el vagón. La policía marciana,

que ya ha hecho un primer estudio de él, me ha comunicado que no ha encontrado nada importante.

—Era de suponer.

—Desde luego —su voz bajó algo de tono, impregnándose de tristeza—. ¡Jamás hubiera creído que alguien se atreviese a asaltar al heliexpreso! ¡Parecía imposible! Si lo hubiera sabido…

Hizo una larga pausa, ensombreciéndose la expresión de su rostro, donde el único detalle vivo era la luz de sus ojos.

Después continuó:

—Sí me lo hubiera imaginado, jamás hubiera enviado a Miles a ese sitio.

—Usted lo hizo para darle una garantía, un puesto para que terminara su vida con tranquilidad, señor…

—Ya lo sé. Pero duele comprobar cómo uno puede equivocarse hasta en lo que considera más seguro.

—¡Pobre Hall!

—Si. Todavía no sabemos cómo pasó todo, pero la desaparición de su muchacha, que también me han comunicado los de Marte, parece explicar las cosas.

—¿Rapto?

—Si. Rapto y chantaje.

—Debieron obligarle a abrir la trampilla del vagón blindado.

—Sin duda alguna. Y no seré yo quien le critique lo que ha hecho. Miles se portó como cualquier padre lo hubiera hecho en su lugar. Mil millones de créditos es una cifra importante, pero la vida de una hija pesa mucho más en la balanza de un corazón de padre.

—Debió ser horrible su sufrimiento.

—¡Han sido unos canallas! De haber asaltado el tren, sin obligar a un pobre padre a sacrificar su honor, temblando de miedo por su hija, hasta me quitaría el sombrero ante ellos, por la habilidad con que lo prepararon todo.

»Pero lo que hicieron, y Dios sabe qué amenazas profirieron delante de Miles para que éste les obedeciese, no tiene perdón. Por eso, Stoner, no quiero, esta vez, que te andes con guantes con esos granujas.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que como, por desgracia, yo no puedo moverme de aquí, puesto que hay una reunión del Consejo Mundial, donde se me van a otorgar amplios poderes para establecer un sistema de Patrullas Espaciales, quiero que obres, en Marte, como lo haría yo si pudiera

ir contigo.

—¿Es decir…?

—¡Aplasta sin piedad la cabeza a esas víboras, Winston! ¡No hace falta que los detengas! ¡Mátalos, como a bichos malolientes, donde los halles!

—Así se hará.

Había pronunciado aquellas palabras con un tono normal.

Callowan le miró.

¡Por algo había elegido para aquel caso a Winston Stoner!

«Winnie» era uno de los agentes más modernos de la Spacial International Police. Procedente de una de las últimas promociones de la Escuela de la SIP, había sido educado para formar parte de lo que en el Servicio empezaba a llamarse «Servicio de Limpieza», palabra que se pronunciaba con una sonrisa especial en los labios, pero que era oída, fuera de la SIP, con un estremecimiento por los que, de algún modo, tenían que temer a las fuerzas de la Ley.

Callowan podía estar seguro de que la mano de Stoner no temblaría cuando llegase el momento de apretar el gatillo.

—No tenemos ninguna pista —dijo aún Callowan—, pero la banda debe ofrecer, como todas las asociaciones de delincuentes, algún fallo. Y tú debes buscarlo, ya que sólo él te proporcionará la pista que necesitas para encontrar a esos canallas.

Y como Winston no dijese nada, limitándose a asentir con la cabeza, prosiguió:

—Naturalmente, las declaraciones que el maquinista herido podría hacer nos proporcionarían detalles de la máxima importancia; pero no podemos esperar. La Ley nos autoriza un plazo máximo de siete días para establecer una anomalía, como la que he impuesto, a las Líneas Marte-Tierra.

»Ahora obligaremos a los viajeros a pasar hasta Pobos en naves policíacas, molestia que, dados los intereses de las Compañías, no podemos prolongar mucho tiempo.

—Entiendo.

—Creo que la banda debe estar formada por tres o cuatro hombres. El que estranguló a Miles me parece el más importante.

—¿Por qué?

—El informe de los médicos marcianos es claro: la estrangulación se hizo sádicamente, con conocimiento de causa. Lo que demuestra que el asesino era un enfermo mental, quizá un toxicómano.

—¿Cómo se ha sabido?

—Por la posición de los dedos, que han dejado huellas en el cuello de la víctima: el asesino empezó por estrangular como lo hubiese hecho un profano, llevando después los dedos hacia las carótidas, eliminando la resistencia que el pobre Miles empezaba a oponer.

—¡Canalla!

—Sólo un asesino psicopático pudo complacerse en prolongar, así, la terrible agonía de su víctima.

Stoner cerró los puños.

—¡Lo pagará! ¡Lo juro!

—No olvides, tampoco, a la muchacha. Debe estar pasando un mal rato.

—¡Pobre del que se haya atrevido a hacerle algo!

—Seguramente se hallará en poder de uno de ellos. ¡Y ojalá no sea en las del hombre que estranguló a su padre! Porque entonces, amigo mío, sería mejor encontrarla muerta…

* * *

Detuvo el coche cerca de las oficinas del Astropuerto, encendiendo un cigarrillo, se acercó al letrero que había sido colocado sobre las ventanillas donde se expendían los billetes.

Lo leyó, mientras los ojos le brillaban con furia.

Habían prohibido la salida y rogaban a los viajeros que se presentasen en el Espaciódromo de la Policía Marciana que, sin ningún gasto, y con las mínimas molestias, los conducirían hasta Fobos, donde se había establecido, provisionalmente, la base de salida de los grandes astronavíos.

«Con las mínimas molestias».

Se mordió los labios, sabiendo lo que aquello significaba. Y sonrió rabiosamente al pensar en las garantías que Stark les había dado.

«Nos iremos a la Tierra, rápidamente, pudiendo vivir tranquilos allí, lejos de todo peligro».

¡Maldita sea!

Lo que había ocurrido, sin ningún género de dudas, era que la estación de Hursonville, nada más llegar el heliexpreso, debió comunicar con la SIP, que era la culpable de haber modificado los viajes haciendo imposible toda escapatoria.

¡Marte se había convertido en una trampa!

Jess volvió hacia, el coche.

Se había inyectado una fuerte dosis de heroína, que ahora podía procurarse a cualquier precio, sin tener que lloriquear ante Stark» como lo había hecho siempre, desde que entró en la banda. Y gracias a la droga estaba en aquel estado de actividad, deseando luchar en vez de gimotear, como le hubiera ocurrido de estar «en ayunas».

Conduciendo hacia el centro de la ciudad, pensó en la nueva situación, no hallando solución alguna y llegando a la conclusión de que sólo la suerte y un buen escondrijo podían salvarle.

Los otros habrían hecho igual, ocultándose lo mejor posible.

Los otros…

Podía imaginárselos, uno a uno:

Stark, en alguna de sus desconocidas residencias, cómodamente estirado en una hamaca, ante la televisión o estudiando alguna de sus curiosas máquinas electrónicas.

Smith estaría ante una mesa, con una botella de cerveza y sus inevitables cartas, haciendo un largo e interminable solitario con ellas.

En cuanto a Abe.

Se contrajo el rostro de Jess y, sin poder evitarlo, soltó la mano derecha del volante, pasándola por la boca en la que seguían faltándole tres dientes, ya que no se había atrevido a ir a casa de un dentista.

¡Maldito!

Y, de repente, sus ojos chispearon de incontenible cólera.

¡Acababa de recordar a la muchacha!

Y una sensación de peligro concreto, cierto, presente, próximo, le hizo estremecerse.

¡Cuánta razón había tenido al decir al estúpido del jefe que lo mejor hubiera sido eliminar a la chica!

Ahora, encerrados en Marte, no tardarían en descubrir a la muchacha, que se aprovecharía de cualquier descuido del imbécil de Yuen, huyendo para correr a la Policía y darle todos los detalles, incluso los que permitirían identificar a los miembros de la banda.

¡Tenía que impedirlo!

Y así, a partir de aquel momento, sin pensar en comer ni descansar, deteniéndose sólo para inyectarse una dosis cada vez mayor de la droga, sin la que no podía vivir, se dedicó a buscar, por

la ciudad, el lugar donde Yuen se había escondido con la muchacha, deseoso de hacer desaparecer el peligro que Cyntia Hall significaba para todos.

* * *

Cuando el especialista del laboratorio de la Policía marciana terminó de hablar, Winston estaba emocionado.

Pero ni un solo músculo de su rostro se movió.

—¿Comprende usted algo da ese fenómeno? —inquirió el otro.

—No.

—Es algo sumamente raro.

Stoner sonrió.

—No se preocupe, doctor. Y ahora, por favor, perdóneme. Debo ver al intendente general.

—Perfectamente. Le deseo mucha suerte, Stoner.

—Gracias. ¿Y el maquinista, cómo sigue?

—Woodard sigue inconsciente. Su estado no es peligroso, pero la recuperación será larga. El «shock» fue tremendo. Casi estaba exangüe cuando llegó el tren a Hursonville.

—Bien. Hasta la vista, doctor.

—Adiós.

Abandonó aquella parte del edificio, dirigiéndose directamente al despacho del intendente general de la Policía marciana.

Era un hombre de mediana edad, acostumbrado a la monótona marcha de las cosas, y completamente ajeno a los procedimientos revolucionarios de la Spacial International Police.

Por eso, al oír las explicaciones que Stoner le daba, abrió los ojos, asombrado.

—¡Nunca había oído hablar de tal cosa! —exclamó.

—Lo comprendo. Yo voy a llamar a Washington hoy mismo. Y la próxima astronave especial traerá el material necesario para que un centenar de sus hombres se pongan a trabajar inmediatamente.

—Se hará como usted manda.

—Muchas gracias. Pero no olvide lo que le he dicho antes. De ninguna manera puede obrar uno de sus hombres.

—No tema. Seguiremos sus instrucciones al pie de la letra.

—Muy bien.

El intendente miró con atención al hombre de la SIP, cuya presencia no dejaba de intimidarle.

Luego preguntó:

—¿Se llevará usted los detenidos a la Tierra, señor Stoner?

Winston sonrió.

Después, al tiempo que su rostro se ensombrecía, con voz dura repuso:

—No habrá detenidos, señor.

—¿Eh?

—Lo que oye. Tengo orden de acabar con esa banda aquí mismo, ahorrando al Consejo Mundial transportes, procesos y demás…

El otro tragó saliva, con visible dificultad.

—Entonces… ¿usted va a…?

—Sí. Los mataré…, si ninguno de ellos se me adelanta.

—¡Tenga cuidado!

—No tema. Generalmente, el que tiene la razón y la Ley a su lado dispara con mayor tranquilidad y el balazo es certero.

No estaba muy convencido el intendente de lo que el joven agente decía: de haberse encontrado en su lugar, no hubiera estado tan tranquilo como él.

* * *

Tardó dos días en encontrarlo.

Pero ahora, al caer la noche, después de haber vuelto a su cuarto, en un hotel de tercera, en un barrio intrascendente, Jess, tras inyectarse una triple dosis —no podía permitirse el menor fallo ante un enemigo de la categoría de Abe Yuen—, subió nuevamente al coche, dirigiéndose hacia el sitio donde el otro se ocultaba.

Iba tranquilo.

La heroína había puesto en sus venas el fuego necesario para normalizar sus funciones, para poder responder, con reflejos rápidos y precisos, a cuantas situaciones difíciles se presentasen.

Abandonó la parte central de la ciudad, tomando una de las pistas de salida que le conduciría hacia una pequeña aglomeración satélite, formada por hotelitos aislados, donde Yuen había elegido su «nido de amor».

Sonrió.

¡Qué sorpresa iba a tener aquel granuja cuando le viese aparecer! Claro que esta vez de nada le serviría su fuerza ni su metralleta, puesto que Jess había estudiado el hotelito y sabía cómo penetrar en su interior, sorprendiendo por completo a sus

ocupantes.

A medida que iba acercándose al lugar, su, excitación crecía, y una especie de gozo anticipado le hacía sentirse feliz, como si ya hubiera terminado la labor que se había propuesto.

Detuvo el coche en las cercanías de la casita, descendiendo de él, tras haber apagado los faros.

Luego se dirigió, con pasos silenciosos, hacia la entrada posterior, la que daba a la cocina.

En el mismo instante, el teléfono, que estaba sobre la mesa que Stoner tenía ante él sonó insistentemente.

—¿Diga?

—Hay un hombre de los que usted busca que va por la autopista sur, hacia Berkeler Kartier. Su coche, un descapotable, tiene la cifra MARS-8723 085. ¿La ha tomado, señor?

—Sí.

—Un coche con dos agentes lo va siguiendo. Ellos le indicarán el lugar.

—Bien. Gracias. Voy para allá.

Se puso en pie, sacando la «Lüger» especial del Servicio, comprobando que el dispositivo ametrallador estaba puesto. Luego, con una sonrisa glacial, salió de su habitación.

Capítulo IX

RUZÓ silenciosamente el diminuto patio Que había detrás de la casa. Se había puesto unos zapatos de doble suela de goma y no hizo el menor ruido.

La puerta que daba a la cocina estaba cerrada; pero los dedos ágiles de Breder no tardaron, con ayuda de un minúsculo trozo de alambre, en levantar la aldaba al otro lado.

Una vez dentro —la cocina estaba a oscuras—, avanzó con más cuidado que nunca, empezando a oír el rumor apagado de unas voces al otro lado de la cortina, seguramente en el salón delantero de la casa.

Sonrió para sí mismo.

Sus dientes —los que le quedaban— lucieron en la oscuridad, dando a su sonrisa un aspecto feroz, implacable.

Sin que apenas fuera visible el gesto que hizo, introdujo su mano izquierda —la derecha ya no podía hacer nada positivo desde que Yuen le aplastó la muñeca— en uno de sus bolsillos interiores, sacando uno de sus cuchillos más preferidos.

Se apoyó en la puerta y, con una lentitud que demostraba su prudencia, fue abriéndola hacia él, tirando con suavidad. La luz fue pintando una pincelada cada vez más amplia sobre la pared que Jess tenía a sus espaldas. Y las voces, murmullo antes inconcreto y

lejano, fueron cobrando forma, hasta hacerse completamente audibles.

La voz de Abe, desconocida, llena de tonalidades extrañas, hizo que Jess. Frunciese el entrecejo:

—¡Escucha, Cyntia! ¿No comprendes que estoy dispuesto a todo? ¡Haré lo que tú quieras! Cambiaré de vida, lo haré todo…

—¿Y mi padre? ¿Harás que resucite?

—¡No lo maté yo! Fue esa fiera de Breder quien le estranguló ¡Si entonces hubiera sabido lo que sé ahora! ¿Crees que hubiese dejado que ese vicioso, esa sabandija de Breder le hubiera puesto la mano encima?

—Es demasiado tarde.

—¡No! ¡Nunca es demasiado tarde cuando se quiere como yo! Antes, cuando estabas prisionera en la casa de Stark, yo no te había tomado en serio…, para, mí eras un capricho, uno de tantos… Pero ahora, no. ¡Eres todo para mí, Cyntia! Me has cambiado por completo, al hacerme ver que por la fuerza y la violencia sólo conseguirla tu odio. ¡Te amo, Cyntia, y deseo hacerte feliz! ¡Aunque tenga que buscarlos a todos y acribillarlos a balazos para vengar la muerte de tu padre!

Desde la puerta de la cocina, detrás de la cortina, parcialmente echada, Jess se estremeció.

—¡Perro traidor! —Silbó entre dientes.

Había tenido toda razón para acudir allí, con objeto de liquidar a aquel idiota que, tal y como había previsto, se había dejado engatusar por aquella víbora, dispuesto s matar a sus amigos, solamente por complacer a aquella fatídica muñeca,

—Si me quisieras —dijo ella—, me dejarías irme de aquí, escapar de esta pesadilla que va a terminar volviéndome loca. ¿Por qué me tienes atada casi todo el día? ¿Y a eso llamas cariño?

Jess se humedeció los labios.

¡Era lista aquella serpiente!

Sabía llevar su juego muy bien, y el imbécil de Yuen estaba dispuesto a obedecerla.

—¡Te dejaría libre si no tuviese tanto miedo a perderte! ¡Me volvería loco, Cyntia! ¡Haría… no sé qué! Pero si me prometieses quedarte a mi lado…

—¿Cómo prometerte algo que no cumpliría? ¿Me crees como tú, como tus cómplices, como los asesinos de mi padre, que jamás hizo daño a nadie? ¡Ni siquiera me dejasteis verlo, después de tantos

años! ¡No, no puedo perdonarlos!

Había estallado en sollozos.

—No llores, Cyntia te lo ruego. Me desgarras el corazón. ¡Escúchame, te lo suplico!

Jess sintió asco.

No podía comprender cómo un tipo duró como Abe, un hombre que gozaba sintiendo cómo las balas penetraban en el cuerpo de sus víctimas, podía haber llegado a convertirse en un llorón, en un estúpido prendido a las faldas de la primera mujer que se le había cruzado en el camino.

Y decidió terminar.

* * *

Su casi inútil mano derecha descorrió la cortina, milímetro a milímetro. Y cuando echó la primera mirada al salón, viendo las amplias espaldas de Abe, que ocultaban la silueta de la muchacha, que debía de estar atada a una silla, una sonrisa de triunfo entreabrió sus labios.

Lanzó el cuchillo, poniendo en ello toda la fuerza del odio que sentía en aquellos instantes.

La hoja se hundió hasta la empuñadura entre los omóplatos de Abe.

El golpe produjo un sonido seco, espeluznante.

Durante unos segundos, Yuen permaneció en igual posición, como si no hubiera ocurrido nada.

Y hasta Jess se estremeció, teniendo intenciones de huir, de no ver el cuchillo y el hilo oscuro que empezaba a manar, corriendo por la chaqueta de Abe y goteando ya el suelo.

Luego, Abe se volvió.

Lo hizo con lentitud, como si cada movimiento, cada milímetro recorrido le costase un enorme esfuerzo.

AL volver el rostro hacia su agresor, la expresión de Yuen era indecible. No había odio en ella, sino terror, ese pánico indescriptible que experimenta un hombre al ver que todo se derrumba cuando apenas se había atrevido a levantar su primer castillo en el aire.

Había súplica en aquella mirada, ya vidriosa: súplica por la mujer que ahora, al volverse Abe, ladeándose un poco, como si hubiera bebido una copa de más, quedaba parcialmente al

descubierto, con los ojos desmesuradamente abiertos y la cara color de yeso.

Yuen intentó decir algo. Sus labios se movieron —¿o temblaron?— un instante, terminando por entreabrirse: pero, en vez de palabras, fue un hilo de sangre lo que salió de ellos, dibujando una línea serpenteante por el mentón.

Luego, bruscamente, vaciló para terminar desplomándose pesadamente, produciendo gran estrépito.

Jess no tardó nada en recuperar su sangre fría.

Y acercándose al cuerpo inmóvil de Yuen, empezó a darle patadas con un frenesí demoníaco.

—¡Toma, imbécil! ¡Te dije que me pagarlas lo que me hiciste y ya has podido ver que nadie se ríe impunemente de Jess Breder!

Luego, mirando a la joven, pálida como el papel, dijo:

—Y ahora, preciosa, nos toca a nosotros. ¡Conmigo no hay nada que hacer! Así que no empieces a emplear tus argucias, pues conmigo no conseguirás nada.

Y como ella no contestase, continuó:

—Prepárate a morir, encanto. Yo hubiese querido acariciar ese cuello con mis manos, pero este cerdo me estropeó la derecha… De todos modos, no pierdes nada por esperar unos instantes. Vuelvo enseguida.

Salió, trayendo uno de los bidones de gasolina de su coche, Buscando en la cocina, donde había encendido la luz, consiguió encontrar un paquete de algodón, que también llevó al salón.

Se entretuvo entonces en hacer pequeñas bolas de algodón, que empapó con gasolina. Con un tenedor de trinchar en su mano válida y el mechero encendido en la otra, miró a la joven:

—¡No dirás nada a nadie, serpiente!

Había pinchado una de las bolitas de algodón con el largo tenedor y la acercó al mechero. Se encendió una fuerte llamarada.

Entonces, echando el tenedor hacia atrás, lanzó la bola inflamada con precisión matemática, consiguiendo que cayese junto a los pies de la muchacha, que lanzó un grito de horror.

—¡La feria empieza, preciosa!

La otra bola ardiente pasó rozando los cabellos rubios de la joven.

Jess reía como un loco.

—¡Nunca me he divertido tanto!

Y fue entonces, cuando, tan, silenciosamente como él había

entrado, surgió en el dintel de la puerta de la cocina la alta silueta de Winston Stoner, con la «Lüger» en la mano.

—¡Ahora te divertirás más, canalla! —rugió

Jess se volvió y palideció, no sabiendo qué hacer con el tenedor, en el que tenía clavado otro algodón llameante. Luego, bruscamente, intentó lanzarlo contra el agente de la SIP.

Pero perdió el tiempo.

Winnie oprimió el gatillo y la ráfaga cruzó el pecho del toxicómano, que se desplomó, estremeciéndose, cosido a balazos, saltando aún en el suelo, a medida que los proyectiles comunicaban a su cuerpo la energía de su mortal trayectoria.

Guardando el arma, Stoner se acercó a la muchacha y la desató.

Pero cuando intentó ayudarla para que se incorporase, ella se desplomó en sus brazos, sin sentido.

El agente sonrió.

Luego, suavemente, la cogió en sus brazos como si se tratase de un niño, llevándola al coche que tenía fuera. La colocó, lo mejor que pudo, a su lado, poniéndole un cojín bajo la cabeza.

Iba a poner el vehículo en marcha cuando la radió parpadeó con la señal convenida.

—¿Diga?

—Señor Stoner… aquí, la Central…, otro de los hombres que usted busca acaba de salir de un establecimiento, donde ha comprado un paquete de naipes… Ahora se dirige a una casita, en Lotter Kartier…

Stoner preguntó:

—¿Lo siguen?

—Sí.

—Bien. Corto; me dirijo hacia allá. En cuanto conozcan la dirección exacta, comuníquenla.

—Bien.

Antes de poner en marcha el coche, Winnie cargó su «Lüger». Luego miró a la muchacha.

Verdaderamente, aquella joven era hermosa y había tenido suerte, muchísima suerte, de que su padre…

¡Bravo y viejo agente de la SIP, que no habla defraudado a nadie!

* * *

Con el paquete que contenía las cosas que acababa de comprar, entre las que se encontraban dos mazos de flamantes naipes, Smith marchaba tranquilamente hacia la casa que había alquilado, naturalmente con otro nombre, y donde procuraba pasarlo de la mejor manera posible.

Ahora sonreía.

Porque acababa de darse cuenta de que le seguían con disimulo, desde que había salido del establecimiento donde hizo sus compras.

La sonrisa era sincera, divertida, sin rencor. Porque si algo tenía Smith que valiese la pena mencionar, aparte naturalmente de su habilidad con los explosivos, era su fatalismo, sólidamente anclado en lo más hondo de su espíritu y que le llevaba a considerar las cosas, aun las peores, bajo un punto de vista que le libraba de sentirse fracasado.

Por ejemplo: si tal y como pensaba en aquellos instantes, sin dejar de sonreír, el hombre que le seguía y que se había puesto unas ridículas gafas de sol, como si aquello sirviese para disimular su verdadera personalidad, era un policía, que había encontrado finalmente su pista, no había más que considerar perdida la partida.

Y si así era, ¿no era mejor tomar las cosas con tranquilidad y saber terminar como un verdadero artista?

Porque ésa era otra de las particularidades de Carl Smith; se consideraba un artista, muy por encima del concepto que tenía de hombres como Abe y Jess que, para él, no eran más que vulgares asesinos, gente que no merecía siquiera que se la mencionase.

Él, por el contrario, había trabajado toda su vida hasta convertirse en un especialista de tal calibre que era capaz de saber, sin necesidad de cálculo alguno sobre el papel, sin fallo posible, el lugar y la cantidad de explosivo que debía colocarse en él para obtener los resultados apetecidos que, generalmente, eran los de salvar la barrera que había entre el dinero y él.

Sin un milímetro de error. Sin un gramo de más o de menos.

La plena convicción de su «arte» le hacía considerar la posibilidad de un final como lo hubiera hecho un personaje del mundo teatral, deseando que todos se diesen cuenta de lo que había sido, como si fuese posible que, en los últimos instantes, al unísono con las explosiones, pudieran dejarse oír los aplausos de un público delirante que manifestase su aprobación y su entusiasmo por Carl Smith.

Aprovechándose de los brillantes escaparates, Smith no perdió

de vista al ridículo hombre de las gafas de sol que le seguía.

Finalmente, y una vez en su piso, se asomó por una de las ventanas, después de haber apagado la luz, viendo que ahora eran dos los hombres y que ambos —¡ridículo empeño de pasar desapercibidos!— llevaban gafas de sol, de forma y color semejante.

Encendió nuevamente la luz.

Le hubiera gustado mucho poder hacer un solitario más antes de dedicarse a lo importante que debía empezar; pero, percatándose de que debía darse prisa, dejó el paquete sobre la mesa, pasando a la habitación donde tenía sus «útiles de trabajo».

La sonrisa no había desaparecido de su rostro; pero, no obstante, había fruncido el entrecejo, prueba de que pensaba el plan que era preciso adaptar a la situación que, estaba seguro, no tardaría en presentarse.

Preparó una serie de cargas, fáciles de manejar, adaptándoles un mecanismo de funcionamiento por percusión inmediata, en toda su superficie o en cualquier punto de la carga.

Volvió después al salón y se acercó a la ventana, dispuesto a observar los movimientos de sus enemigos.

Sólo había un hombre, al otro lado de la calle, lo que hacía suponer que su compañero debía de haber ido a reclamar los refuerzos necesarios para asaltar la casa.

En aquel momento, Smith lamentó no haber escogido como domicilio un piso en un barrio concurrido, céntrico, cuyas ventanas se iluminarían cuando empezase la «fiesta», aumentando su placer con el del público que asistiría a tan emocionante espectáculo.

Pero, de todas maneras, ya no había tiempo de cambiar nada.

* * *

El fresco de la noche había hecho que Cyntia se sintiese mejor. Abrió los ojos, un tanto sorprendida, y miró a Stoner, que seguía, conduciendo y que no se había dado cuenta de que la muchacha acababa de recuperarse.

Recordando los últimos acontecimientos, la joven se tranquilizó. Y fue en aquel momento cuando Winnie volvió ligeramente la cabeza, al moverse ella.

La sonrió, y preguntó con acento cariñoso:

—¿Se encuentra mejor, señorita?

—Sí, aunque no puedo olvidar lo ocurrido en casa de Yuen.

—¡Olvídelo! Lo mejor es dejar a un lado las cosas desagradables.
—No podría.
Y después de una pausa, la muchacha, curiosa, indagó:
—¿Cómo logró encontrarme y quién es usted?
—Me llamo Winston Stoner y soy agente de la Spacial International Police.
—¡Como papá!
—Sí, como su padre. Respecto a la primera pregunta, es un poco largo de contar y ahora, lamentándolo mucho, no tengo demasiado tiempo: quedan aún dos.
—¿Dos qué?
—Dos de la banda. Abe y Jess han quedado atrás, pero nos quedan los otros dos. ¿Sabe usted cómo se llaman?
—Sí. Uno de ellos es un hombre gordo… Smith, el hombre que vino a buscarme al «American CoIlege», engañándome miserablemente, diciendo que papá había sufrido un accidente sin importancia y que quería verme.
—¿Es el jefe?
—No. El que manda se hace llamar Stark, Frank Stark.
—¿Cómo es?
Ella reflexionó unos instantes.
Después repuso:
—Era el que mejor vestía, y tenía aspecto de profesor. Sí, eso es: parecía una persona respetable.
—Son los peores.
—Lo comprendo.
Habían llegado a la ciudad y no tardaron en detenerse junto a un lugar en el que había un hombre apostado, en la sombra.
El hombre se adelantó, deteniéndose ante el coche.
—Está en esa casa de enfrente, señor.
—¿Grueso?
—Sí.
Stoner sonrió:
—Debe ser nuestro amigo Smith, ¿no, señorita Hall?
—Sí, el mismo.
—Bueno, espéreme aquí. Y usted —se dirigió al policía—, cuide de la joven y saque el coche de esta esquina. Está demasiado cerca de la casa de ese granuja.
—Bien, señor.

Capítulo X



NTREABRIENDO su chaqueta, de manera a poder sacar el arma al menor peligro, Winston se pegó a la pared, avanzando hacia el claro que un cuidado jardín de plantas enanas abría ante la casa habitada por Smith.

Estaba un poco contrariado por la manera de obrar de la policía de Marte, que se había expuesto, con toda seguridad, a que el perseguido se percatase de que lo era.

Pero, desde luego, era imposible esperar que aquellos policías hiciesen algo verdaderamente bien hecho: no hacía falta más que conocer a su intendente general para darse cuenta de lo que podía salir de aquella organización que más que una vida activa, se limitaba a vegetar.

Llegó a la esquina, echando una ojeada a la casa de dos pisos, cuya fachada estaba completamente a oscuras.

No dudó ni un solo momento en que aquello era una trampa. Y peligrosa además.

Lo peor era qué el jardín estaba iluminado por la luz de los faroles que había en aquella especie de plaza, junto a la acera. De buena gana los hubiese apagado de dos certeros disparos, pero no deseaba promover un escándalo demasiado grande.

Después de unos momentos de reflexión, y habiendo adoptado

un plan, aún impreciso, Winston se decidió a actuar.

Necesitaba percatarse si el otro le observaba. Y para ello era preciso exponerse, jugándose el todo por el todo.

Corrió unos metros por la calle.

Había calculado con precisión extraordinaria el recorrido que iba a hacer, unos doce metros, para hacer creer a su enemigo que se dirigía hacia la puerta, pero, en realidad, volviendo a refugiarse a la esquina en la que se encontraba.

Y mientras corría, gracias a los faroles, contra los que había maldecido momentos antes, vio la «cosa» que volaba hacia el jardín.

Comprendió en el acto.

Y suprimiendo parte del recorrido, volvió a la esquina, lanzándose al suelo a una velocidad impresionante.

¡¡BOUM!!

La granada hizo temblar el suelo, sumiendo en la oscuridad más completa toda aquella parte de la calle.

Mordiéndose los labios, Stoner no permaneció más de tres segundos en el suelo, corriendo ahora hacia la puerta, seguro de que el otro no esperaría jamás una reacción como aquélla.

Pero se equivocaba.

El segundo explosivo estalló cuando entraba en el portal, lanzándolo por el estrecho corredor, como si un huracán hubiera penetrado detrás de él.

No cabía la menor duda de que aquel tipo era el «especialista en explosivos» de la banda, el que había abierto la puerta enrejada del vagón blindado y las cajas esféricas que contenían el dinero.

Cubierto de polvo, de escombros, y con el cuerpo dolorido, el agente de la SIP, que no podía perder tiempo alguno —y que lo sabía muy bien—, se incorporó haciendo un esfuerzo tremendo.

Sacó la «Lüger» especial y echó escaleras arriba,

En el rellano del primer piso había una especie de pequeño vestíbulo y un largo pasillo, oscuro como todo, pero con una cierta luminosidad producida por la claridad nocturna que penetraba por la ventana.

Esto hizo que Stoner, cuyos sentidos funcionaban al máximo rendimiento, pudiera ver a Smith que, vuelto hacia él, preparaba una de sus cargas, dispuesto a hacerle volar en pedazos.

¡Y la lanzó!

Encomendándose, a su santo predilecto, el agente obró con el deseo loco de impedir, fuese como fuese, que la carga explosiva

cubriese la fatal trayectoria que la dirigía hacia el rellano.

¡Tac-ta~ta-ta-ta…!

Escupía plomo su pistola ametralladora. Y las balas buscaban afanosamente, en las décimas de segundo de que disponían, la carga que avanzaba hacia el rellano.

Stoner, después de disparar, se tiró al suelo, esperando la muerte, a menos que…

¡Uña de las balas chocó con la carga, evitando que ésta llegase a su destino!

Pareció como si la casa se derrumbase por completo. Una llamarada espantosa, cegadora, iluminó el interior como si un día tórrido acabase de hacerse allí.

Levantándose, aún atontado, Stoner corrió por el pasillo, sin importarle el acre humo asfixiante que le rodeaba, ni los trozos de yeso y mampostería que llovían sobre él.

¡Tenía que llegar!

Al desembocar en el salón vio a Smith en el suelo, jadeante, parcialmente iluminado por la luz que penetraba por el orificio donde había estado la ventana, que había sido arrancada de cuajo por la explosión.

Smith debía de haber muerto,

Stoner le contempló, silenciosamente.

Luego…

Carl se había movido, el tiempo preciso para tirar del seguro de la carga que tenía en las manos. Volvió su rostro sanguinolento, miranda al agente con el único ojo que le había quedado.

Stoner comprendió.

Y sin pensarlo dos veces, seguro de que una sola décima de segundo podía serle fatal, saltó sobre Smith tirándose de cabeza por lo que había sido ventana.

La explosión le hizo estremecer cuando recorría el espacio que le separaba del jardín.

Una especie de círculo en espiral, como un torbellino, le rodeó.

Después perdió el conocimiento, antes de llegar al suelo.

* * *

Al abrir los ojos, Winston creyó estar soñando aún. Porque lo que tenía delante no podía, en modo alguno, ser realidad.

La aparición le sonrió.

¡Y era verdaderamente encantadora la aparición!

Aunque, de repente, el carácter fantástico de todo aquello cobró visos de realidad, al dejarse oír una voz que, aunque de tono angélico, al menos así le pareció a él, no dejaba de ser natural.

—¿Se encuentra mejor, señor Stoner?

¿Que si se encontraba mejor?

¡Claro que sí!

Bastaba mirarse en aquellos ojos azules o dejar que el espíritu se prendiese en las hebras doradas de los cabellos para poder creer que acababa de llegar al mismísimo Paraíso.

Pero la respuesta debía ser mucho más vulgar.

—Sí, estoy mucho mejor, señorita Hall.

—Me alegro. ¡Pasé un miedo terrible! Cuando lo recogieron, junto a la casa derrumbada, tenía muy mal aspecto.

—Me lo imagino.

Y recordando que no había terminado su misión, se sentó en el lecho.

Y mirando a la muchacha, le rogó:

—Si saliese usted un momento, señorita, podría vestirme.

—Pero ¿va a levantarse ya?

—Me encuentro perfectamente bien, Y aún no he terminado todo.

Fue una voz, junto a la puerta que acababa de abrirse, la que contestó a la pregunta que la frase del agente llevaba implícita.

—El asunto ha concluido, muchacho.

Stoner miró hacia la puerta.

—¡Señor Callowan!

Donald avanzó sonriente, sentándose en uno de los sillones que había en la habitación.

Luego manifestó:

—Ha sido una sorpresa, pero Stark se ha presentado, aterrado por la limpieza que hiciste…, y la propaganda que hemos hecho estos días.

—¿Estos… días?

—Sí. Has estado unas semanas sin conocimiento y los médicos han tenido que luchar muy duramente para sacarte del atolladero.

—¡Santo Dios!

—La explosión de la última carga te lanzó a más de treinta metros de la casa. Y, a pesar de todo, tuviste una suerte formidable, ya que la granada de Smith hizo saltar todas las que tenía al lado,

reduciendo la casa a polvo.

—No lo sabía.

—Yo venía ya para Marte, después de la latosa reunión que tuvimos en la Tierra, pero que fue fructuosa. Al llegar aquí la policía me comunicó lo que había ocurrido y me decidí a jugar una carta psicológica, pensando que Stark perdería la baza.

—¿Por qué?

—Porque de todos los miembros de la banda era, por ser intelectual el menos dispuesto a la violencia. Él era un teórico, un hombre da laboratorio, de inventos, de planos y escalas. De haber podido, como lo ha confesado después, hubiera asaltado el heliexpreso sin violencia, si hubiese sido capaz de descubrir un aparato para abrir la puerta de verja y las cajas esféricas sin necesidad de la ruidosa ayuda de Smith.

—¡No me recuerde a ese tipo! Pasé un mal rato en aquella casa, que se tambaleaba como un barco en plena tormenta.

Donald sonrió.

—No debió ser agradable.

—No, no lo fue. Sobre todo, porque no creí que manejara los explosivos de aquella sorprendente manera.

Y después de una pausa, preguntó:

—¿Cómo fue el que Stark se entregase, así como así?

—La publicidad, amigo mío. Todos los periódicos de Marte publicaron, con todo lujo de detalles, lo que habías hecho, descubriendo al público, por primera vez, la existencia del «Servicio de Ejecución», con sus especiales características.

—Comprendo.

—Frank debió temblar, cuando leyó, oyó en la radio y vio en la televisión los programas especialmente dedicados a tus hazañas. Se dijo también que te habías recuperado y que ya habías empezado a investigar para terminar con él único de la banda que quedaba.

»¡Pobre Stark, qué noches horribles debió de pasar! Lo cierto es que no pudo más y terminó saliendo de su casa, corriendo como un loco y no respirando tranquilo hasta encontrarse en una celda, protegido por la policía de Marte.

—¡Pero eso es absurdo! ¡Sabe que terminará en la Cámara Electrónica!

—Los delincuentes siempre piensan encontrar una salida. Stark confía, como los demás, en la habilidad de un abogado.

Cyntia intervino.

—¿Y si lograse que el letrado le salvase?

Una sonrisa helada entreabrió los labios de Winston:

—En ese caso —dijo, con voz glacial—. Intervendría el «Servicio de Ejecuciones». ¿No es así, señor Callowan?

—Evidentemente.

—Pero —dijo la muchacha—, si la Ley lo ha absuelto.

—Hay veces —sentenció el jefe de la SIP— que la Ley comete errores o se deja llevar por las hermosas palabras de un abogado, que termina convenciendo al jurado. Pero nosotros, como en este caso, conocemos a fondo lo que ha pasado. Y, como en otras ocasiones, no podemos permitir que una influencia anormal deje en libertad a un hombre como Stark, al que, a final de cuentas, podría perdonársele el haber robado…, pero nunca el haber dejado en el vagón blindado los cuerpos de dos hombres: el del joven Barton y el de… su padre.

—¡Comprendo perfectamente sus justos puntos de vista! —exclamó ella—. ¡Debe ser hermoso pertenecer a la Spacial International Police!

Los dos hombres sonrieron.

—Su padre también fue de los nuestros —dijo. Callowan.

Ella se sonrojó:

—Sí, sé que se portó muy bien cuando era joven, antes de que yo naciese; pero, por desgracia, lo ocurrido ahora…

—¿Qué quiere decir, señorita Hall? —intervino Stone».

—Lo que todos sabemos. ¿Para qué remover un doloroso y… vergonzoso pasado?

—¡Alto ahí!

Callowan fue quien lanzó la exclamación.

Después, sonriendo y mirando a la joven con simpatía, dijo:

—Le debemos una explicación, señorita; pero, antes, si me lo permite, he de darle una noticia.

—¿Cuál, señor Callowan?

—Dentro de un mes, exactamente el 8 de octubre, tendrá lugar en Washington, en la Central de la Spacial International Police, una fiesta homenaje, a título póstumo, dedicada a la persona de Miles Hall.

—¿Eh?

Y como Callowan y, su agente sonriesen, encantados, la chica preguntó:

—¿Es que quieren burlarse de mí?

—¿Por qué íbamos a hacerlo?

—Porque papá fracasó, ya que, por mi culpa, deseando que no me ocurriese nada, abrió la compuerta del vagón, permitiendo el robo, que matasen a Hartón y que él mismo muriese, deshonrado para siempre.

—Se equivoca. Primeramente, señorita, su padre obró como cualquier otro padre lo hubiera hecho. Pero, además, él seguía siendo agente de la SIP.

—¿Y qué?

—Que, angustiado, aterrorizado como estaba, temiendo que esos criminales le causasen un mal irreparable, consiguió, como un buen agente, jugar una carta, sabiendo con toda certeza que era la última que iba a emplear, ya que estaba completamente seguro de que iba a morir.

—¿Hizo algo papá?

—Todo. Sin él, no hubiésemos descubierto tan aprisa a los culpables. ¡Magnífico hombre, que nos dio el ejemplo de lo que puede hacerse, aun con la espantosa espada de Damocles que pendía sobre su cabeza.

»Su padre, señorita, era un hombre de pies a cabeza, cosa que había demostrado en su juventud. Pero aún ahora, ya retirado y reincorporado, quiso hacernos ver que seguía poseyendo el mismo calibre moral de siempre… ¡Y es que alguien que haya pasado por la SIP no puede olvidarlo jamás!

—Pero ¡por el amor de Dios, señor Callowan! ¿No quiere decirme lo que papá hizo?

—Sí. Utilizar la «incrustocilina».

—¿Qué es eso?

—Una sustancia que solemos utilizar, cuando se presenta la ocasión, pero que no todos los agentes llevan. Su padre debía poseer aún una cápsula que seguramente guardaba con otras cosas, como recuerdos de sus buenos tiempos,

—¿Y esa sustancia…?

—Está contenida en una cápsula, como una pelota de golf. Se parte fácilmente, llenando el ambiente de partículas animadas de un vertiginoso movimiento cinético, verdaderos proyectiles invisibles que golpean contra las paredes, rebotando. Su acción dura unas tres horas.

—¿Y qué ocurre?

—Que rebotadas por los objetos de una dureza determinada,

penetran, por el contrario, en los sitios blandos. Y si recuerda usted que las paredes del vagón blindado eran de espeso acero, comprenderá que las partículas debían penetrar únicamente en la carne, humana.

»Momentos después de abrir la compuerta del techo y antes de que los bandidos penetrasen en el vagón, su padre rompió la cápsula, y la “incrustocilina” salió disparada, una vez en libertad.

»Cuando los bandidos llegaron, sus partes descubiertas: el rostro, ya que todos ellos llevaban guantes, fueron el objetivo de las partículas, que penetraron en su piel hondamente, por cientos.

—¿Y después?

—Esa sustancia tiene una curiosa particularidad: observada a través de cristales de feldespato de Islandia, brillan, haciendo aparecer un rostro aparentemente normal como si fuese el de una estatua de plata fosforescente.

»A1 llegar al hospital, donde los cuerpos de Barton y Hall se encontraban, el médico que había hecho las autopsias, y perdone estos macabros detalles, señorita, dijo a Stoner que había observado la presencia de esas partículas cuyo objeto, naturalmente, ignoraba.

»Stoner se dio cuenta del magnífico trabajo Que había realizado Miles, y me lo comunicó, sabiendo que la caza iba a ser mucho más rápida y efectiva.

»Yo envié varios centenares de gafas con cristales de feldespato de Islandia, que fueron repartidas a los agentes de la policía local, que recorrieron la ciudad, noche y día, dotados de esas gafas, único artilugio que podía permitirles descubrir aquellos rostros que la sustancia hacía brillar como si estuviesen pintados con fósforo.

—¡Es fantástico!

—Sí. Y lo mejor de todo es que usted guardará de su padre un recuerdo maravilloso.

—¡Pobre papá!

—Fue un gran hombre, y las jóvenes generaciones de la Spacial International Police sabrán honrar su recuerdo.

Se puso en pie.

Aquélla era otra de las particularidades del extraordinario carácter de Donald Callowan.

¡Sabía cuándo estorbaba!

Y habiendo sorprendido las miradas de Stoner a la muchacha, comprendió, ¡una vez más!, que el amor estaba muy por encima de los deseos de un jefe para conservar a los suyos.

Encendió el habano tradicional, el que fumaba cuando un asunto había sido terminado con éxito.

Y salió, convencido de que acababa de perder un agente más, Pero esta vez se equivocaba.

Porque, aunque Stoner y Cyntia se casaron, tres semanas más tarde, el agente se quedó en la SIP, convirtiéndose, un año más tarde, en el denodado jefe de una de las más activas secciones de la Spacial International Police.

¡El Servicio de Ejecuciones!



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Era su primera misión! ¡Y qué misión! ¡Vigilar a una periodista que estaba loca y en contacto con una científica banda de criminales!

PRIMERA MISIÓN

Una novela distinta de W. SAMPAS, pero más espectacular, dinámica y... ¡TERRIBLE!

S.I.P. SPACIAL INTERNATIONAL POLICE 6 PTAS EDICIONES TORAY, S.A.